

JULES SUPERVIELLE

EL SUPERVIVIENTE

Del original: Le survivant, J. Supervielle; Gallimard, 1928.

Versión española: Joaquín Sahuquillo García

Resumen de "Le voleur d'enfants" (Folio número 357)

El coronel Bigua adora a los niños y, como su mujer, Desposoria no le da hijos, él los roba o los recoge. Naturalmente elige niños más o menos abandonados. Siendo él rico, los niños habrán de ser felices. Lo que viene a complicarlo todo es que, dos de ellos, Joseph y Marcelle, llegan a su casa a la edad del enamoramiento, edad que perdura aún para Bigua. Los jovencitos suspiran uno por otro; y pronto, como Joseph, el coronel se enamora de la chiquilla, que sacó de un ambiente un tanto sospechoso. ¿Y Desposoria? ¿Va a morir Desposoria, su esposa, como tantos parisinos, de esa gripe que llamaban entonces española? No, superará la prueba. Pero Bigua quiere separar a Joseph de Marcelle; por eso decide embarcar a toda su prole, a excepción del joven, con destino a América del Sur. Pero Joseph ha conseguido embarcarse también, en calidad de marinero. Sin tardanza, Marcelle baja a los pañoles a reunirse con él. A Bigua no le queda ya más solución que la de lanzarse al agua.

"Le survivant"

Al principio de *Le survivant*, Desposoria, la mujer de Bigua lanza al mar sus joyas, sus bártulos de maquillaje: "¡Dios mío, para que vuelva!" Bigua nada muy bien. Lo salvarán. Pretende haberse caído por accidente; Marcelle y Desposoria le siguen el juego. En América, Bigua vuelve a ver a su madre, Misia Cayetana. "Oh regreso al país natal! Qué gran sosiego me envuelve." Dentro de ocho días Marcelle se habrá casado con Joseph. Pero Bigua sigue deseando a Marcelle. Misia Cayetana se da cuenta. Se lo dice a Desposoria y le revela, accidentalmente, que Bigua, "aunque buen marido, es incapaz de ser padre". Bigua se ausenta por algún tiempo, es mejor así. Cuando vuelve, ni rastro de Marcelle. Misia Cayetana la ha metido en un convento. Bigua saldrá para la estancia. Se entera de su ruina, se pone a trabajar de peón, marca ganado, y ha de soportar los deseos del ama, una belga gruesa, la Boërmans: "Ponga alegría en su vida. La vida, el amor, no son cosas tan serias." Parte de nuevo hacia otra estancia que aún le pertenece, cosa que ignoraba. En Rivera, ciudad vecina, oye la voz de Marcelle y la de un hombre: ella va a huir a Brasil. "¡Que un poco de paz envuelva por fin mi corazón como el plumaje de un pájaro!", dijo para sí Bigua. En efecto: Desposoria regresa a la estancia. Lleno de alegría, Bigua "inclina la cabeza a la entrada de su casa".

Jules Supervielle, que nació en Montevideo (Uruguay) en 1884 y murió en París en 1960, es uno de los grandes poetas de este siglo. Se expresó por medio de poemas: "La fable du monde", "Oublieuse mémoire", cuentos: "L'enfant de la haute mer" y novelas como "El ladrón de niños", que adaptó también con gran éxito al teatro.

PRIMERA PARTE

El primer teniente del "Amazonas" había observado que los viajeros se detenían a veces para examinar uno de los botes de salvamento. Algunos llegaban a tocar la lona, intentaban levantarla y, al encontrar resistencia, dejaban de insistir. ¿Pero qué hacía aquel hombre de gran estatura que acababa de infiltrarse tras una embarcación a las once de la noche, en un espacio muy reducido donde ya nada lo separaba del mar? ¿Un tipo original? Ni por un instante pensó el oficial que pudiera tratarse de alguien que meditaba un revés contra sí mismo.

El teniente, que fingía pasear por cubierta, tuvo ganas de interrogar a ese desconocido. Pero ¿Con qué derecho?, se decía. Un pasajero de primera clase puede ir a sentarse donde le plazca, incluso detrás de un bote, si le viene en gana. De repente, el oficial se acercó apresuradamente. Ante él sólo quedaba el vacío dejado por un hombre que acababa de lanzarse al mar.

El teniente creyó ver que el desconocido se había puesto a nadar. Lanzó un flotador luminoso. Sonaron unos silbatos, se ordenó al timonero que virara. Pero los oficiales de a bordo apenas tenían esperanzas. Se necesitaban más de 15 minutos para que una gran carcasa como "El Amazonas" diera una vuelta completa. ¿Y cómo encontrar a alguien entre las olas a estas horas?

Era una noche ecuatorial. El mar, bajo la luna, escurridizo y reluciente, se hacía el distraído como si no fuera con él.

Un proyector giraba, buscaba.

¿Qué cara se le podía suponer a aquel desconocido? "De gran estatura, en la fuerza de la edad", había dicho el primer teniente. El capitán sabía ya de quien se trataba, pero guardaba silencio.

Los viajeros iban saliendo unos tras otros como si de aparecidos

se tratara, uno subía a cubierta, otro salía de su camarote, aquel abría la puerta del gran salón. O bien se producían bruscos encuentros entre seres. Se pertenecía al mundo de los vivos.

Marcelle Herbin no dudó ni por un instante de que el hombre caído al mar pudiera ser otro que su tutor, el coronel Philémon Bigua. Convenció a José, su amante, que se había enrolado como marinero, de que subiera al bote de salvamento, al mismo frente al cual se había detenido Bigua unos instantes antes. Pero los hombres que, dirigidos por un oficial, debían ocuparlo estaban ya designados.

Desposoria, la mujer de Bigua, se encontraba en el salón jugando al dominó con Antoine y los gemelos, Jack y Fred, todos ellos hijos adoptivos del coronel. No había oído los silbatos. Entró un pasajero con levita. Profesor, miembro del Instituto, iba a dar conferencias a Buenos Aires:

-¿Saben ustedes que hay un hombre en el agua? Sí, bromas aparte, estamos retrocediendo en su búsqueda.

Desposoria se dirigió precipitadamente al camarote de su marido, y a cubierta, y a los salones.

De repente advirtió que cien miradas la seguían en sus pesquisas. Entonces se refugió en su camarote y se puso a rezar, con los brazos caídos, ligeramente separados. En sus ojos, el ardor fúnebre se hacía cada vez más intenso:

- ¡Señor!, ¡Haz que no sea él! ¡Que no sea él! Si ha adoptado a estos niños, juro que no tiene nada que reprocharse. ¡Nada! ¡eso no, eso no!

Jack y Fred abrieron discretamente la puerta, y al ver la cara de Desposoria, huyeron horrorizados.

Antonio subía y bajaba las escaleras de los camarotes de primera clase, las escaleras de los de segunda clase, las escaleras de los de tercera clase. Y tenía la impresión de encontrarse siempre en el

mismo lugar. Todos esos escalones, todos esos escalones sin esperanza.

- ¡Dios mio! , que lo salven, es mi esposo, insistía Desposoria. Han salido a buscarlo. Mantenlo, consérvale sus fuerzas. Tu me entiendes, buen Dios ¿Me entiendes?

Estaban llamando a la puerta:

¿La señora no necesita nada?

La sirvienta entró cuando el barco giraba desesperadamente alrededor de la ráfaga luminosa.

Tenía en la mano algo muy blanco.

Desposoria la miraba con asombro. ¿Qué era lo que le traían? ¡Esta cosa horrible! Ya no reconocía los objetos usuales. ¡Oh! Se trataba simplemente de las servilletas que la sirvienta cambiaba como cada noche.

Se diría que el barco se había parado. Todos esos ruidos que ya no se oyen y sólo ese acompañamiento de máquinas como un repique persistente tras millones de sábanas mojadas.

El barco, que se para en alta mar, ¡Cómo se parece a un largo sepulcro!

La mujer de Bigua repitió muy deprisa, como si dependiera incluso de esta velocidad la salvación de su marido:

- ¡Ave María Purísima, Ave María Purísima, Ave María Purísima!

Ella pensaba:

- ¡Calma! Qué nerviosa estoy. Cómo ha desteñido sobre mí el pobre querido Bigua, antes de desaparecer.

Ella solloza y de repente se levanta.

¿Qué hace Desposoria? Coge de un cajón del lavabo su caja de polvos de arroz, un lápiz de labios rojo, un frasco de leche para la piel, aún sin abrir y los lanza al mar. Luego se quita las sortijas y las echa por el ojo de buey.

-¡Para que vuelva, Dios mio!

Ahora sólo le quedaba en el dedo la alianza.

Llora y reza, reza y llora. Se dispone a lanzar su collar de perlas gruesas, cuando oye pasos en el corredor y voces bajas, sordas, peligrosas.

¿Qué nueva noticia se aproxima? ¿Es de vida o de muerte? Prefiere no esperar y deja caer el collar al mar.

Bigua había nadado tras el "Amazone" con absoluta calma. Luego los surcos se habían borrado. Su ropa pesaba cada vez más. Pronto se libró de sus escarpines brillantes, luego de su esmoquin y de su chaleco. Pero por nada del mundo, ni siquiera en esta soledad hubiera querido abandonar su miserable pantalón.

Nadaba, no para salvar la vida (ni siquiera pensaba en ello, ni había visto el salvavidas luminoso del que se alejaba más y más, en este instante), sino simplemente para resolver, antes de morir, asuntos que le acuciaban hasta en el mar, que requerían todos por igual su atención. E imaginaba que, tras haber puesto un poco de orden en sus ideas, estaría quizás algo menos preocupado en la vida eterna. No sólo había enterrado con él su testamento, sino que, ni siquiera había dicho un último adiós a su irreprochable mujer ni a sus hijos adoptivos.

Era sólo un detalle. ¡Pero, qué importante le parecía! Se estaba viendo ahora a sí mismo, el infinitamente mojado, dándoles las buenas noches, como si nada, en el salón, haciendo un pequeño gesto amistoso con la mano a Rose, la niñera, e incluso, ¡Oh refinamiento de cortesía!, saludaba con un movimiento circular a los demás pasajeros, aunque nunca les había dirigido la palabra.

¡Y la educación de Antoine, la de Jack, la de Fred que no estaba acabada! ¡Y Antoine que seguía aún tan flojo en inglés! ¡Y ese diente de Jack que necesitaba un empaste! ¿Qué íbamos a hacer a bordo si no

había dentista? ¿Sacarlo? ¡Bonita solución. Sacar un diente de delante! ¿Seguía queriendo aún a Marcela? Claro, la quería. Ahora podía asegurarlo. Era sin duda la única mujer a la que había querido y deseado.

Durante más de una hora, nadando sin cesar, a 35 grados de longitud y 15 de latitud, Bigua se torturó en el agua marina. En vez de matarse habría hecho mejor casando a Joseph y Marcelle. ¡Y lanzarse al mar, cuando uno sabe nadar! Seguía siendo el mismo, siempre tan loco, incluso en las puertas de la muerte, donde hubiera sido lógico ser razonable.

En el mar llano, avanzaba con tanta serenidad como falta de esperanza.

Sus fuerzas disminuían. Un zumbido sospechoso se producía en su cerebro. ¿Quién dice así?:

- ¡Den al coronel Bigua esta poción. Una cucharadita cada dos hora. Pasen la cuchara por una llama. Infusiones calientes y reposo absoluto! ¡Nada de conversación, ni siquiera en voz baja. Valor, doña Desposoria!

Era un doctor bajito, barbudo, de aspecto extraordinariamente malicioso, que llevaba el rosetón de la Legión de honor del que escurría una sangre tibia.

Bigua daba vueltas en el mar como lo habría hecho en su cama.

- Hermanos míos ahogados, ¿Aún no queréis saber nada de mí?

- ¿Pero quien le habla de muerte?, decía otra voz. ¡Vamos hombre! No teneis otra palabra en la boca entre tantos como sois. Librémonos de ella como de la larga espina de pescado cogida con precaución entre el pulgar y el índice que uno deposita en el plato que tiene delante.

- Digan a la enfermera que no lo deje solo, insistía la voz del doctor. ¡Puesto que os dice que no tiene hambre, no lo mareéis de ese modo con las chuletas poco hechas y el suflé de patatas. Pongan bien

esas almohadas. Se dan cuenta ustedes de que empieza a respirar con dificultad. Acuéstenlo sobre el costado derecho y con decisión! ¡Con sábanas bien secas, por supuesto! ¡No faltaría más! Háganle beber agua dulce, dulce. No azucarada, no. Simplemente agua dulce.

Bigua nadaba o hacía el muerto, sin casi darse cuenta, luego se ponía a avanzar de nuevo por el agua tibia y nocturna en la que se reflejaba el cielo. Y desplazaba ligeramente a las estrellas.

- Moriré de agotamiento. Estoy en mi derecho de no dejarme ir a pique. No hago mal a nadie.

Entre las ráfagas luminosas del proyector, un marinero del bote de salvamento había visto por fin el pantalón negro de Bigua, su camisa blanca.

¡Y Bigua que no ve nada! Lo llaman y no oye. Continúa nadando como si quisiera seguir alejándose.

Embarcan a bordo del bote una especie de maniquí rígido, embadurnado de Atlántico Sur. Tuvieron que tirar de él con fuerza hacia atrás. Bigua quería seguir nadando. Como si la noche y el mar acabaran de parirlo de nuevo con cuarenta y cinco años, allí estaba él ahora, con los tirantes flotando, boquiabierto, con la mirada fija. Podría decirse que se había tragado la conciencia. La muerte lo había llevado y traído, lo había palpado en todos los sentidos, lo había auscultado, aspirado y atiborrado.

Bigua, a quien acostaban en su camarote, se creía aún en el seno del Océano, entre las algas y los corales de ultratumba, y los peces del último sueño.

Mantas blancas, quemazón en la sien, inmenso cansancio. Con su mirada fija veía entrar y salir, sentarse, mirar, ocuparse de él amablemente a Desposoria-de-la Muerte, Antoine y los Gemelos-de la Muerte.

Como guardaban el más absoluto silencio y permanecían allí

inmóviles, desde hacía ya un buen rato, con una especie de tenebrosa
compasión:

- ¡Bah! Dejadme en paz con vuestros cuentos, dijo de repente, y
dió media vuelta para volverse a dormir profundamente.

Al despuntar el día se despertó, vió entrar una especie de sol
por un falso ojo de buey y observando en el tabique que una mosca
echaba a volar, comprendió por fin que estaba vivo y oyó el ruido de
las máquinas.

Entonces, vió a Desposoria y reconoció en la expresión
desmesuradamente cansada y dulce de su cara que era efectivamente su
mujer amada, y que, sentada en la cabecera de su cama, no se había
atrevido a moverse en toda la noche. Le cogió la mano y dijo, con la
ternura del hombre que acaba de dormir durante varias horas seguidas,
tras un cansancio desmesurado, que había puesto un pie en el otro
mundo:

- Desposoria, he sido víctima de un accidente. Al intentar
explicarme el manejo de una ballenera, me escurrí y caí al mar.

- Claro que sí, amigo. Es un accidente, un simple accidente.
Nadie lo ha dudado. ¿No tienes todo lo necesario para ser feliz en el
mundo?

- Sí, Desposoria.

Entró Marcelle. Bigua le agarró las manos:

¡Pobre Marcelle! ¡Este accidente!

Presa de un gran temor y de mayor pena, se arrodilló ante la
camilla del coronel que le acariciaba el pelo y la calmaba y la
confundía totalmente con la vida recuperada.

Con el leve balanceo, la frente de Marcelle tocaba la madera lisa
de la camilla, se alejaba de ella y luego volvía a tocarla de nuevo.

- Sí, todo sigue igual, pensaba el coronel.

Las razones que me han hecho querer la muerte siguen siendo las

mismas y sin embargo me reconcilio maravillosamente con la vida.

Cansado en exceso, había cerrado los párpados y Marcelle abandonaba el camarote, con las lágrimas a punto de brotar, que le hacían temblar de pies a cabeza.

En el corredor, vió a Antoine, a quien cogió de la mano y luego a Joseph.

¿Sabes que lo vió un compañero?, susurró Joseph; tu coronel se lanzó sin duda al mar. Pero no tuvo valor para morir.

- ¡Cállate! cállate, dijo, con voz baja y salvaje mientras alejaba a Antoine. No por ser mi amante te permitiría yo.....

Necesitaba más agallas para nadar durante tanto tiempo que para dejarse arrastrar al fondo del mar.

- ¡Cómo arreglas las cosas! dijo Joseph, estupefacto.

- ¡Vete! ¡No te acerques al camarote del coronel. Te lo prohibo!

El muchacho se marchó en la misma actitud, moviendo los hombros y haciendo el payaso.

Antoine se había alejado. Le gustaba aislarse, había tomado afecto a algunos escondites entre las cuerdas o bien se iba a tercera clase, a un mundo nuevo para él.

Aquel día, pensaba él en Bigua, en ese secreto sorprendido un instante antes, y que sentía ahora en sí mismo como si fuese a sentir náuseas.

Sintió necesidad de ver al coronel de nuevo, de acercarse a él. Su padre adoptivo había debido cambiar mucho desde que Antoine sabía.... . El niño quería mostrarle también que lo amaba más que nunca. Entró en su camarote. Y entre estos dos seres existían estas dos grandes preguntas:

- ¿Es cierto que te arrojaste al mar?

- ¿Por qué lo hiciste?

Pero el niño no pudo decir más que estas palabras en voz baja:

- Padre, cuéntame una historia, una historia de tu país.

Bigua miró con ojos brillantes de fiebre al que amaba de entre todos sus muchachos.

¿Una historia de su país? Le parecía que su memoria estaba aún completamente sumergida en el Océano e inutilizable. Haciendo un gran esfuerzo, como si desviara dos grandes olas más altas que el barco, empezó a decir:

- Juan Bautista Pérez era un gaucho poco corriente. A toda costa quería dar a sus amigos su hermoso caballo, su único caballo, un animal muy joven aún..... pero nadie lo quería. ¿Por qué habrían de dejar a Juan Bautista sin su única riqueza?, se preguntaban los demás gauchos.....

Al día siguiente, Bigua pensó que debía hablar con Marcelle. (No se veía aún con fuerzas para hablar a Joseph). Nada era más fuerte en este hombre que su sentimiento del deber. ¡Cuántos deberes serios, a veces estúpidos, se había impuesto en su vida!

- Marcelle, dijo el coronel, evitando mirar a la joven y exactamente como si se dirigiera al extremo de la cortinita verde de la ventanilla, situada frente a él, Marcelle escúcheme. Siéntese y escúcheme. Se casará con Joseph en cuanto lleguemos a Montevideo, pero jure, júreme que desde ahora hasta ese momento.....

Cortó la frase en seco, como si nunca hubiese tenido la intención de decir ni una palabra más.

Marcelle dijo "sí", con un imperceptible movimiento de cabeza que Bigua, de perfil, adivinó.

Prosiguió con la mayor tranquilidad, con una voz cada vez más profunda:

- ¿Leen Jack y Fred con soltura?

Hace mucho tiempo que no me he ocupado de ellos. ¿Les ha hecho empezar la señorita su segundo año de lectura? ¿Le importaría

asegurarse de ello, Marcelle?¿Y Antoine? ¿Cómo va? ¿Se sabe las conjugaciones?

Marcelle hizo otro movimiento de cabeza, serio, meditado,y esta vez, lleno de buena voluntad.

- Voy a informarme, dijo.

Iba a añadir: "padre", pero no lo hizo. Nunca podría ver, nunca había visto a un padre con esta longitud de hombre de ojos fosforescentes.

Cerrada la puerta del camerino, Bigua se quedó solo con lo que seguía siendo el silencio de Marcelle.

Luego observó que aún seguía habiendo, en un vaso,sobre el lavabo, unas flores dispuestas por Desposoria, flores un poco sorprendidas, dudosas de su propia naturaleza, de las que sólo se encuentran en los transatlánticos, en alta mar.

Dos días después del accidente, por la noche, apareció el comandante del navío. Había solicitado visitar al coronel que no subía a cubierta, sólo veía a los suyos. Como para una ceremonia oficial, el comandante llevaba ese día, no una simple cinta roja en la chaqueta, sino la cinta de la Legión de honor, en todo su esplendor - y la cruz.

Era un hombre rojo y robusto, de pequeños ojos azules, chispeantes y convencidos. Se interesó gentilmente por la salud del coronel y le dijo, con una delicadeza pavorosa:

- Yo mismo estuve un día a punto de caer al mar, al inspeccionar el barco. Como usted, quise ver detrás de un bote. Es un lugar muy peligroso. Todas las precauciones son pocas. ¿Sabe usted que ha nadado espléndidamente y que ha dado un extraordinario ejemplo de energía a todo el mundo de a bordo. Pero no quiero cansarle.

El comandante se despidió, se alejó andando hacia atrás, sonriendo, y mirando a Bigua fijamente.

Bigua se dejó entusiasmar por los elogios que acababan de hacerle. Es cierto que había llevado a cabo una verdadera hazaña, sobre todo si se tenía en cuenta su falta de entrenamiento. Hacía varios años que no practicaba la natación. Una viva satisfacción iba naciendo en el nervioso coronel. Y se levantó.

-¡Sin duda he actuado como un atleta. Y ahora, voy a vivir!

Dió unos pasos muy cortos en el estrecho camarote, luego, para disponer de más sitio, entró en el de Desposoria, que se comunicaba con el suyo. Allí, vió, sujeto a una cuerda con pinzas de dibujo de los niños, algo negro y húmedo que escondió precipitadamente en su baúl.

Llegábamos a la rada, aquel día de finales de marzo austral. El sol jugaba con las casas del puerto, gracias a la envolvente, elástica luz matinal. Los niños del coronel, antes de desembarcar, se reunían en cubierta en torno a Joseph, vestido con un traje de Bigua y que había obtenido del comandante del "Amazone" la rescisión de su contrato.

Nunca pasó por la mente del coronel la posibilidad de que el mayor de sus hijos adoptivos pudiera venir a su casa de Montevideo (Las Delicias), ni siquiera la de que le recibieran en la gran casa patriarcal. Marcelle lo vería en las playas, Bigua en el hotel, si había de hablarle.

El coronel estimaba que introducir a Marcelle en casa de su madre era una aventura suficientemente sorprendente. ¿Cómo él, hombre honrado, hijo tan deferente que había llevado su paciencia y su delicadeza hasta el extremo de escribir de París a su madre, dos veces por semana durante diez años, cómo se había decidido a venir a su casa, con su pupila, esa falsa jovencita de la que no estaba seguro de no seguir enamorado?

Bigua sabía que sólo podía actuar como lo hacía. Le era imposible dejar a Marcelle sola en el hotel. Por otra parte, se trataba sólo de pasar unos días un poco confusos, un poco extraños, puesto que Joseph debía casarse con ella unos quince días después.

- ¡Basta! No le daré más vueltas a este asunto. Pensemos sólo en la alegría de ver de nuevo a mi queridísima y santa madre.

El buque se aproximaba al muelle. Había allí una delegación de oficiales de artillería que buscaban sin duda a Bigua tras el galón,

entre los pasajeros.

Por fin, lo descubrieron y lo saludaron.

Uno de sus viejos amigos, el general Pérez, a quien reconoció con dificultad tras tan larga ausencia, se separó del grupo e hizo señales que Bigua no entendió en absoluto.

Con las manos en forma de megáfono, le pidieron entonces a Bigua que bajara a la cubierta inferior, desde donde oiría mejor.

Bajó muy molesto. No había desembarcado, algunas brazas de agua lo separaban aún del puerto, y ya venían a importunarlo. ¡Atlántico! ¡Atlántico! Así pues, ya no servías para nada.

El general Pérez se acercó al buque, mostró con el índice sus propios hombros y luego su manga. ¿Qué significaba aquello?, se preguntaba Bigua. ¿Le habían nombrado general? Pero, él esperaba, en realidad, estar dado de baja.

Pérez gritó: "¡El uniforme! Recepción oficial."

Bigua explicó haciendo señales que no tenía uniforme a bordo. Pérez, muy decepcionado, se unió al grupo de oficiales con quienes intercambió unas palabras rápidas.

Bigua se alegró de no haberse puesto el uniforme. La simple idea de una recepción oficial le contrariaba. Sólo aspiraba a ser el hombre que regresa a su país con su mujer y sus hijos, tras una larga ausencia. Un hijo que va a abrazar a su madre. Por otra parte, su país estaba en paz, al haber avortado en unos días el movimiento antipresidencialista.

El oficial que se había dirigido a él unos instantes antes, montó a caballo, con cara de disgusto, y se alejó con sus hombres, tras una música horriblemente silenciosa.

Llamaban a Bigua desde varias partes. Reconocía a su hermano, a sus hermanas, a parientes, a amigos que la tierra uruguaya le había conservado y que reclamaban todos un saludo, una sonrisa, la alegría

del regreso. Pero Bigua mantenía el rostro severo.

Misia Cayetana, a quien sus hijos no permitieron venir a la llegada del barco, a causa de la hora matinal, se precipitó al encuentro de su hijo en la escalera de la que ya había bajado casi todos los escalones. Por ser bastante miope, estuvo a punto de caer y Bigua llegó a tiempo para impedirsele.

Las hermanas jóvenes del coronel, bonitas, juiciosas y maquilladas, se mostraron solícitas con su mujer, aún hermosa, y comprobaron que realmente no llevaba el mínimo indicio de pintura de labios ni polvos en la cara, lo que las había decepcionado un poco cuando desembarcaba.

En el primero de los tres patios, el coronel sonreía ahora a todos con frenesí. El aire del país natal se le subía a la cabeza, le salía por los ojos. Y en cada instante, cambiaba de asiento y de interlocutor para consolidar su alegría, a pesar de que los paquetes empezaban a atestar el patio.

Dejando allí a todos los suyos, Bigua se puso a merodear por las habitaciones; primero por la que en otro tiempo le había servido de despacho. En las paredes, se encontraba aún el plano de la batalla de P...., con banderitas que seguían clavadas en el mismo sitio. Tras haberlas mirado atentamente, hizo con ellas un montoncito en la mesa, luego las escondió, con el plano enrollado, en un profundo cajón del escritorio. En él se encontraba una hombrera de oro, que puso en su cara una mueca de desaprobación. Bigua cerró el cajón con dos vueltas y escondió la llave detrás de un cuadro.

El viajero miró las paredes, paredes serias, gruesas, concienzudas, que habían sabido esperarle diez años, de pie firme.

Ya está en el salón, majestuosa habitación en la que pueden caber veinte generaciones de Bigua y que encontraba antaño tan hermosa, tan digna. Hoy le aparecía temible con su araña demasiado baja amenazando

por todas partes. Muebles enormes, una inverosímil mezcla de estilos : Napoleón III, embadurnado de chino, turco y arte moderno, Sèvres, Saxe, Copenhague, Nancy y Venecia, todo gritando y haciendo señas para hacer valer derechos que nadie pensaba negar.

El coronel se comprometió a encontrar aquello de muy buen gusto. ¡Había en él una gran alegría previa! El primer contacto de su familia europea con la de Montevideo había sido excelente. Su madre era tan buena. " Un poco miope. Quizás sea mejor así", pensó y se avergonzó de reír tontamente.

Cuando todos los suyos estuvieron en el comedor, el coronel designó los asientos con seriedad. Quedaba claro que él debía encontrarse en el extremo de la mesa, el lugar de honor, su madre a su derecha, Desposoria a su izquierda, luego venía Marcelle al lado de Misia Cayetana. Bigua había aceptado la idea de este vecindario por un gran impulso del corazón.

- Marcelle es mi pupila. Necesita más que nunca la estima de todos. Su vecindad no deshonra a nadie, ni siquiera a mi queridísima y santa madre. Este almuerzo ha de servir de reconciliación general. ¡Mas nadie está descontento! Mi pobre madre no sabe nada. ¡Mala suerte! Mantengo: reconciliación general. Y me entiendo. No hagamos un lío con las palabras.

Luego :

- A su izquierda, Marcelle tendrá a mi hermana Emilia, modelo de virtudes, luego vendrá mi pequeño Antoine, luego otra de mis hermanas. ¡Milagro! Mis hijos estarán perfectamente encuadrados, mezclados con los suyos. Tengo exactamente una hermana o hermano por hijo. Acabo de descubrirlo. En el extremo de la mesa, mi hermano Nelson, justo enfrente de mí, mi hermano que ya no juega a las carreras, espero. Pero ese es otro asunto.

Todos estaban sentados y mientras servían el "puchero", Bigua pensaba :

- ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Cuando vuelve uno de un largo viaje, entre cuatro paredes recuperadas, bajo las miradas difusas, pero voluntarias, de muebles de mil formas, es cuando vive verdaderamente, cuando se respira de forma terrible y juiciosa. Una vez más, le ha jugado uno una mala pasada a la muerte. Se mira uno. Se acerca a su vecino. Le murmura algo al oído. Le estrecha la mano por puro placer. Nos servimos bebidas, nos ofrecemos pan, nos pasamos las fuentes con fervor: se trata de actos muy importantes, que han requerido una preparación de diez años, una travesía de tres semanas. La artillería pesada del tiempo y del espacio!

A pesar de su alegría, Bigua sentía en sus huesos un oscuro malestar:

- ¡Qué molestos son los secretos en la mesa!

Suspiró, miró sus manos y las escondió como si fueran a delatarle.

Después del almuerzo, Misia Cayetana, confundida respecto a la causa de la preocupación de su hijo, lo lleva aparte para decirle con dulzura :

- La casa es grande, amigo mío. Tienes otro hijo adoptivo. Hay que traerlo aquí, como a los demás. ¿Por qué haberlo enviado al hotel?

Bigua da un largo abrazo a su madre, luego vuelve su cabeza hacia atrás, como para evitar un peligro y buscar una respuesta. Se le ocurre esto que dice en voz baja :

- Mamá, Joseph pertenece a un medio bastante vulgar. No pude educarlo totalmente como hubiera querido.

Pero se detiene, temiendo poner en entredicho a Marcelle que debe casarse con ese muchacho.

- Haz lo que quieras, dice la madre, un poco ensimismada.

- Hacia el final de la tarde, trajeron de la aduana los paquetes grandes, pero decidieron entre la madre y la mujer de Bigua que no se abrirían hasta la mañana siguiente.

Misia Cayetana, Desposoria, el coronel y su hermana Emilia se encuentran bajo una vidriera, en la oscuridad del patio, balanceándose en mecedoras en espera de ir a cenar. Las voces se cruzan.

Bigua intenta canalizar, recoger la dulzura indivisa de este desbordante crepúsculo.

El pequeño salón, cuya puerta estaba abierta de par en par, se llenaba de regalos que los Bigua habían traído de París. Se empezaba a abrir todas esas cajas de formas diversas que habían viajado durante veinte días y habían estado en alta mar. De vez en cuando, entraba o salía uno de los niños del coronel con el pelo iluminado por la araña del pequeño salón. Misia Cayetana, desde la sombra, los observaba. Antoine moreno, Jack pelirrojo, Fred castaño, Marcelle rubia. Era sobre todo la joven quien retenía la atención de Misia Cayetana. La examinaba con toda la minuciosidad de una miope que quisiera ver hasta el fondo de las almas.

Bigua fue a encontrarse con los niños en el salón. Desposoria lo siguió discretamente y Misia Cayetana considerando a su hija Emilia murmuraba :

- ¡ Y pensar que habrían podido ser mis nietos!

En Sudamérica, ocurre a menudo que expresa uno su pensamiento con una impropiedad. Mas, ¿No es más bien el corazón que, a veces, elige mal sus palabras en una tierna confusión?

Marcelle salió aquella tarde con las hermanas jóvenes de Bigua y Nelson. El coronel se quedó con su madre, su mujer y su hermana Emilia. Se hacía, a escondidas, el inventario de arrugas de las caras. Aquí, temblaba una mano que no lo hacía antaño. Esa sonrisa estaba un

poco desgastada. Allí, brillaba un diente de oro y daba dentera a todos.

Bigua fumaba una pipa de espuma, olvidada en casa de su madre diez años antes y que ella había guardado en un cofre del salón.

Y, a veces, Misia Cayetana consideraba a su hijo con timidez como si aún no lo viera muy bien.

Tienen tantas cosas que decirse, que callarse, de Paris, de Francia, de la travesía, de todo lo ocurrido en Montevideo desde la marcha de Bigua. Las once, las doce, la una de la mañana. No logran despedirse. Parece necesario, antes de irse a dormir, intercambiar los recuerdos, como valiosos regalos, explicarse el corazón humano, el secreto de la vida, la marcha de los astros. Veinte veces se levantan, pero es para volverse a sentar. Diríase que no acaban nunca de tomar posesión unos de otros.

Y, al día siguiente, o unos días después, a lo sumo, se da uno cuenta de que está allí sin tener nada más que decir..... Y sin embargo, uno no ha dicho nada, o casi nada.

Bigua se alegraba de ver a su madre tan poco cambiada, y siempre dispuesta a levantarse de su silla (nunca se la veía en un sillón), a ir a arropar a un niño en su cama, a coger un trabajo de costura, a interrogar a una criada, a dar una vuelta por la cocina.

- ¿Qué fue de la mesita que había aquí? preguntó.

Simplemente la habían cambiado de sitio. Estaba detrás de Bigua.

- ¿Y esta chimenea? Antes no existía.

Ahora era una verdadera chimenea, mientras que, durante veinte años, sólo había sido una falsa chimenea pintada. Se diría que hubiera acabado por surgir de la pared a fuerza de pensar en ello. Bigua la miraba fijamente, como si tuviera algo que enseñarle.

De repente, volviéndose hacia su madre, pensó para sí :

- Mamá, tú que estás tan cerca de mí, ignorarás siempre,

¿Verdad?, me lo prometes, que me arrojé al mar.

Misia Cayetana se había acostado, una vez hechas sus oraciones. No podía dormir. ¡Cómo había envejecido su hijo! Hasta que punto, mientras ella, a sus sesenta y cinco años, apenas tenía alguna cana en las sienes.

Se levantó temprano con la intención de hablar a su nuera. En cuanto se hubo levantado Desposoria, la madre de Bigua fue a verla a su habitación, la abrazó y se quedó algunos instantes sin decir palabra, con los párpados cerrados y las manos reposando apenas en los hombros de la joven. Luego, llevándola a la gran habitación que servía para la ropa, dijo con una tristeza profunda, levemente acusadora quizás :

- Desposoria, mi buena Desposoria, mi hijo, es terrible. ¿Sufre? ¿Es feliz? Bueno, algo ocurre. ¿De dónde le viene toda esa pena que habita en él? ¡Pobre chico! Observé bien su cabeza anoche. No le queda ya ni el más pequeño mechón de pelo negro.

- ¡Ah! Misia Cayetana, suspiró la mujer de Bigua bajo su oscuro atuendo, tanto más serio puesto que no llevaba una sola joya.

- Pues, en fin, yo comprendería a su edad una mecha blanca, a lo sumo..... continuó la madre en voz muy baja, pero todo eso, toda esa abundancia, ¡Y apenas tiene cuarenta y cinco años! ¡Es terrible! ¿Cómo no me habían puesto al corriente? ¡Es una gran desgracia vivir unos tan lejos de otros!

Pensó : "¿Habría podido quizás, yo que lo traje al mundo, evitarle esto?"

- ¿No es desgraciado? Contádme, ¿Qué le pasa a mi hijo?

- Misia Cayetana, usted sabe que él ha sido siempre muy inquieto y sin motivos. Está hecho así, se lo aseguro.

Desposoria había adquirido cierto poder de disimulo viviendo así junto a un hombre al que evitaba siempre conmovier.

- ¿Acaso no le dan preocupaciones todos estos niños que me trae? ¡Cargarse así con cuatro niños! Con cinco, puesto que aún hay uno en el hotel.

"¡Pobre hijo mío!, dijo Misia Cayetana, que se refugió en un rincón de la habitación sosteniendo la cabeza entre las manos. ¿Qué necesidad tenías de darte todos estos motivos de preocupación? ¡Si hubieras adoptado sólo uno o dos, pero cinco! ¡Y entre ellos una jovencita!"

Frosiguió con una voz apenas perceptible:

- Esta jovencita.

- Señora, nunca quise contrariarlo. ¡Quizás hice mal!

Cambiando de tono y volviendo hacia su nuera, Misia Cayetana dijo con toda naturalidad:

- Sabe usted que tenemos mucho trabajo hoy. Tenemos que vaciar las maletas. ¿Se ha levantado mi hijo?

- Salió hace mucho tiempo.

- ¿Y si empezáramos por su maleta?

Era una maleta que Misia Cayetana había comprado antaño a un fabricante de Montevideo. Llevaba en grandes iniciales: P. B. Y una ancha raya azul en diagonal.

Cuando la mujer de Bigua introducía la llave en la cerradura, dijo con una sorda inquietud:

- Misia Cayetana, no se tome la molestia de ayudarme. Voy a deshacer la maleta con Rose, la criada.

- Por favor, no me prive del placer de colocar las cosas de mi hijo, dijo Cayetana, impulsada por una curiosidad de la que ella

misma se asustaba. No puede haber secretos para su madre. ¿Verdad, Desposoria, que lo vamos a hacer entre las dos? Veo aún lo suficiente para eso. ¿Es su maleta de camarote?

- Sí, es su maleta de camarote, dijo Desposoria, pensando que era precisamente la más íntima de las dos que iban a abrir.

Pusieron la maleta en un rincón. Se abrió el gran armario de Bigua, listo para recibir la ropa que había atravesado los mares.

En principio, la visión de esos efectos personales admirablemente ordenados, produjo en las dos mujeres una impresión muy tranquilizadora. Ya habían vaciado y puesto en un sillón el compartimento superior, cuando Misia Cayetana ahogó un grito. Acababa de tocar y desplegar algo húmedo todavía. Un pantalón negro, horriblemente arrugado y humillado en el orden espléndido de las demás prendas.

- ¿Qué es eso? Se diría que

El pantalón pendía, trágico, mal sacado de su entorpecimiento. Una especie de pantalón de ahorcado. ¿Por qué había conservado Bigua este testimonio húmedo aún de su suicidio fallido? Desposoria disimuló toda su turbación.

- Es un pantalón viejo que Bigua se ha propuesto dar a algún pobre de la ciudad.

- Se diría que fue mojado en el agua del mar, dijo Misia Cayetana, que daba vueltas y más vueltas al trozo de tela y lo olía como haría una madre joven con los pañales del recién nacido, antes de envolverlo. Y ahí, por la parte de abajo, ese desgarrón..... ¿No habrá tenido un accidente a bordo, mi hijo?, dijo, con cierto temor por insistir.

- Claro que no, señora, no le oculto nada, dijo Desposoria ruborizada.

¿Y cómo es que ese pantalón se encontraba en la maleta de Bigua?

se preguntaba Desposoria. Recordaba muy bien que lo había puesto a secar al día siguiente del accidente en su camerino. Al no verlo más durante los días siguientes, se había dicho que su marido lo había lanzado al mar. ¡Al mar al que se lanzan tantas cosas!

Misia Cayetana acababa de poner el pantalón en una silla, al lado de la maleta, cuando se oyeron los pasos muy cercanos de Bigua, y las dos mujeres, brúscamente cómplices, en un movimiento que no hubieran querido revelarse, se apoderaron del objeto para esconderlo. ¡Demasiado tarde! Bigua ya estaba en la habitación. Bajo la mirada de Misia Cayetana y de Desposoria que se esforzaban en sonreír, se aproximó a la maleta, luego separando a su madre y a su esposa, descubrió el trapo negro cuya existencia había olvidado completamente. Lo miró con atención, como si hubiera necesitado darse cuenta de algo importante. Lo cogió primero por la cintura, luego por el bajo, y lo dejó suspendido un instante, escondiendo el desgarrón. Sentía a su lado la espera pavorosa de las dos mujeres. ¿Qué iba a hacer? Cada segundo que pasaba profundizaba su apuro y el de ellas. Pensó que se encontraba frente al problema mismo de la muerte, reclamando, de extrema urgencia, una solución.

- Por supuesto, dijo, al cabo de un instante, que daremos eso a un pobre. Pero como está en mal estado, Desposoria, darás otro más al mismo tiempo para que no parezca que me deshago de esta prenda (se detuvo un instante al pensar: "cuerpo del delito"), de esta prenda de paño, continuó torpemente, como de algo molesto, repugnante, añadió intentando reír.

- Conozco a un hombre de tu talla más o menos que lo merece, dijo Misia Cayetana, para tranquilizar a su hijo que no se decidía a soltar el pantalón antes de haber dado una explicación plausible de su presencia en la maleta.

- Gracias, madre. En cuanto a esta humedad que quizás no habíais

advertido, dijo con una voz que venía realmente de otro mundo...

La frase quedaba en suspenso. ¡Ah! al fin, se elaboraba la mentira :

- Se debe a que un golpe de mar entró el otro día por mi ventanilla.

- Claro, claro, está muy bien. Dadme eso, dijo Misia Cayetana, cogiendo la prenda entre sus manos (había tenido que tirar de ella, Bigua la retenía).

- Como ves, mamá, dijo, en voz alta, es una historia sin importancia. Y abrazó a su madre. Pero sus labios temblaban, congelados.

Bigua cogió su sombrero para salir. Al bajar la escalera de mármol, pensaba con violencia :

- ¡ Quiero cambiar, lo quiero con todas mis fuerzas de hombre!

En la calle, vió a sus hermanas y fue a reunirse con ellas, las dos más jóvenes, así como Fred, Jack, Antoine, Marcelle que formaban un grupo importante en la acera.

- ¡Y yo cambiaré!

Misia Cayetana y Desposoria se habían quedado en la habitación de Bigua colocando sus cosas, en el armario, sin decir palabra.

- Qué turbado parecía mi hijo, pensaba la madre de Bigua. ¿Pero qué ocurre? ¿Qué me ocultan?

- Al cabo de un instante :

- Es cierto que entró un golpe de mar en el camerino, dijo Desposoria. Incluso a mi se me mojó completamente un vestido y lo dejé a bordo a la doncella.

Luego, añadió, en un tono muy distinto, como si lo que estaba diciendo no tuviese ninguna relación con la inquietud de su madre política :

- Sabe usted, señora, que Marcelle se va a casar dentro de muy

poco tiempo. Su prometido iba a bordo con nosotros; será asunto concluido dentro de unos quince días.

- ¡Ah! ¿Se casa? dijo Misia Cayetana con una indiferencia afectada.

Y continuaron colocando la ropa con un silencio aliviado.

Bigua se dirigió en tranvía con sus hijos y hermanas a una de las grandes playas de Montevideo. Durante el trayecto, la lúgubre confrontación de unos instantes antes no le dejó en paz. Pero el cielo estaba tan azul sobre la playa y el mar, su pureza era tan sorprendente, que el coronel se puso al fin a mirar a su alrededor.

- Hermosas jóvenes de mi país, pensaba, os traigo a Marcelle Hervin, de París. Aquí está, entre vosotras, bajo un cielo que es el mío. Sois quizás más hermosas, pero Marcelle tiene más finura, reconozcámoslo. Y siempre tan matizada y móvil, que cambia ligeramente según los ojos de quien la mira, como un campo de trigo bajo un frágil viento.... Marcelle ha conocido el ruido sombrío de París y su miseria, su cielo gris y helado, y la escalera que se sube a hurtadillas, y los espejos crueles en casa de una madre entregada al peor vicio. Y un padre bueno, pero alcohólico. Todo esto no os concierne. ¡No me preguntéis!

Bigua estaba en el país de las jóvenes más bellas de la tierra. En la Rambla pasaban por centenares, risueñas y vivaces. Ojos y cabellos de todos los colores, pero su igual belleza les daba un aire de familia, de complicidad.

En su regreso a casa, Bigua se cruzó con un hombre en la escalera.

Era el pobre, que se marchaba con un paquete bajo el brazo. Esto pareció al coronel muy buen augurio. La desgracia y la pestilencia salían de la casa.

En los días siguientes, Desposoria y Misia Cayetana observan a Bigua con ternura. Espían la mínima mirada insólita. Las dos mujeres sienten que se establece entre ellas un verdadero afecto por el bien del coronel.

Una vez, cuando iba a salir, Desposoria corrió tras él para quitarle un pelo que había quedado en su chaqueta.

Otra vez, Bigua sorprendió a su madre y a su mujer cepillándole cada una una manga. Misia Cayetana, tan ordenada y minuciosa, llegó sin embargo a limpiarle con el cepillo de la ropa su calzado polvoriento.

- ¡Cómo me quieren en esta casa! ¡Oh retorno al país natal! Sobre mí descende una gran calma. Dentro de ocho días, estará casada.

De las dos hermanas más jóvenes de Bigua, una acababa de prometerse. La otra era una belleza ardiente; la brusquedad de sus ademanes y estallidos de risa se notaba a primera vista. Pero, en cuanto se inmovilizaba, se sorprendía uno de la profundidad casi estupefacta de sus ojos negros. Los tenía como una abuela materna muerta hacía veinte años, y aún no parecían haberse acostumbrado a la fina cara de la joven, cara que recordaba a la de un tío abuelo que vivía aún en las pampas.

Ella reinaba en la casa.

La llamaban, le suplicaban de punta a punta de la inmensa residencia : "¡Sarah, Sarita!"

El mismo día de su desembarco en Montevideo, Marcela había pensado que esta joven tendría sobre ella una influencia real y que tendría que imitarla lo mejor que pudiera. ¡Ella se veía tan apagada al lado de Sarah! Se avergonzaba de sus propios ojos, ni azules, ni grises, pensaba, de su pasado, de Joseph al que empezaba a tomar tierra. ¿Cómo hablar a esta joven del chico vulgar con uñas de obrero?

Se cruzaron con él una tarde, cuando se paseaban ambas por la Rambla. Y Marcelle puso cara de no verlo.

Joseph se ruborizó, apretó los dientes, apresuró el paso, y en cuanto las hubo rebasado, lanzó una carcajada, que Marcelle oyó con toda claridad.

- ¡Dios mío, haz que Sarah no haya notado nada! pensó Marcelle,

sorpresa de dirigirse así a la divinidad, como hacía a menudo su joven amiga.

La joven francesa había recuperado su apariencia cándida, su aspecto aéreo y conmovedor, sus andares, sus silencios de jovencita. En todos los movimientos de ese cuerpo delgado, Bigua veía ahora un continuo rechazo a aceptar el pasado, de modo que, al verla un día en unomde los patios, separó misteriosamente a Sarah de la versátil joven para llevarla a la habitación de Desposoria y decirle :

- No olvide Marcelle, no olvide que se debe casar con su novio lo antes posible. Aún no he dicho nada aquí. Pero habrá que anunciar enseguida su matrimonio.

Y añadió que ayudaría a Joseph a situarse.

Déjenme tiempo para respirar, dijo Marcelle, irritada, herida por este hombre a quien ella había amado y que quería empujarla a los brazos de Joseph, de ese golfo, pensaba.

- Evidentemente, no se trata de hoy mismo ni de mañana, pero, ¿Quiere a ese chico? ¡Debe quererlo!

Pasaron cuatro segundos, lentos como bueyes bajo el yugo.

- O, en caso contrario, ¡Es muy grave!

- ¡Pero quien le dice que no me casaré con él! dijo Marcelle con una voz sorda en la que se escondían lágrimas irritadas.

Unos días más tarde, la joven ponía al corriente a Desposoria de su intención de no casarse con Joseph. Ya no podía soportarlo, dijo. No obstante, continuaron ocultando esta resolución a Bigua que, de vez en cuando, se creía obligado a interrogar a Marcelle y a alejarse diciendo :

- ¡ Si esto no se lleva a cabo será realmente lamentable! Esta niña no se da cuenta.....

Un día, cuando Bigua abordaba a Marcelle en la salita, le dijo ella :

- ¡Pero Joseph ha regresado a Francia! ¿Y cómo podía usted desearme semejante marido?

Marcelle se sorprendió a sí misma de la sequedad de su acento.

Bigua se calló. La noticia era demasiado reciente para él, para parecerle totalmente cierta. Miraba a su pupila, estupefacto.

Hecha la confesión, la cara de Marcelle se volvió tan radiante que Bigua bajó la cabeza y abandonó la habitación.

Marcelle permanecía en la salita, tranquilizada, encantada de haber renunciado a un matrimonio que ya no le parecía sino la consagración de lo que había de turbio, de equívoco en su vida y que le traía a la memoria lo que sabía de su madre. Y ahí la tenemos pidiendo a Sarah que vaya con ella a tocar a cuatro manos un fragmento que le gustaba.

Marcelle se sienta al piano, a la derecha de su amiga. Ambas están alegres, y el piano deja oír su voz, única bajo las cuatro manos. Sarah está completamente a gusto. Marcelle, un poco deferente e intimidada. De repente, se ve pasar la mano de Marcelle por encima de la de Sarah. El fragmento lo exige. Luego, la mano de Marcelle vuelve a su lugar. Las jóvenes cruzan de nuevo sus manos, pero esta vez, es la mano de Sarah, de extrema finura, la que pasa por encima de la de la joven francesa. Se diría que las cuatro manos tocan por su propio placer, por un ensueño en el que sólo ellas creen penetrar.

En una habitación contigua, Bigua piensa en Marcelle, en la dureza de su voz de hace un instante. Se había enterado de dos noticias en vez de una.

- Entonces, se acabó, pensaba, evitando comprender lo que verdaderamente había acabado.

Desde el fondo de su sillón, adivina al fin que su hermana toca a cuatro manos con su pupila. Se levanta. Necesita verlo. Entreaire la puerta. El fragmento prosigue y las manos siguen cruzándose en

perfecta comunión. Hay una gran dulzura familiar en ese extraño fragmento. ¿De quien es? Bigua no lo sabe ni tiene interés en saberlo. Cada nota trae su confidencia y luego se va.

- Puesto que ya no ama a Joseph, puesto que realmente ya no quiere saber nada de él.....

Hubo aún soles, fas, res, algunos sostenidos, un bemol.

- Soy su tutor. Nunca fui otra cosa.

Un re más, un mi más y unas semicorcheas.

Bigua se acerca a las jóvenes y de pie, a dos pasos, escucha durante largos instantes, como si esperara algo distinto, siempre algo distinto.

Pasaron semanas. Era el final del otoño. Los meses sin viento, el cielo tan delicado, tan puro, que una nimiedad hubiera marchitado. No pesaba en los hombros de la tierra : se diría que emanaba de ella.

Misia Cayetana a quien se había ocultado la marcha del novio de Marcelle se daba cuenta de que la relación entre la joven y Bigua era la de un tutor muy concienzudo y una pupila que no se preocupaba apenas de él. Ni una sola vez sorprendió a su hijo hablando a solas con Marcelle.

- Hijo mío, hijo preferido, aquí está en casa, y parece feliz, pensaba Misia Cayetana.

Bigua salía generalmente solo (o, a veces, con sus chicos, cuando no tenían que trabajar). No era ciertamente uno de esos hombres de quienes la panadera de la esquina pudiera decir :

- Todas las mañanas, esté como esté el tiempo, lo veo pasar a la misma hora, y siempre con el mismo paso, ni demasiado lento, ni demasiado apurado.

A veces regresaba muy tarde, se entretenía en algún café de los arrabales, sentado a una mesa y dando la espalda a la puerta. O bien,

salía al amanecer, y, mezclándose con los descargadores del puerto,
asistía al descargue de algún navío.

Daba también largos paseos a lo largo del mar.

- v -

Después de desayunar subió a su habitación, con el fin de escribir algunas cartas. La luz del patio llegaba a esta habitación únicamente por una gran puerta vidriera, abierta durante todo el día.

Marcelle pasó por delante de la habitación de Bigua para dirigirse a la suya. El coronel contaba los pasos claros de la joven de extremo a extremo del pasillo. 23, 24, 26. Le gustaba ese ruido, como si hubiese sido el único en el mundo que lo oyese. No se trataba de la joven por entero, pensaba, sino simplemente de ese leve ruido, fresco e inocente, de sus tacones por el enlosado de mármol.

- Mejor será tomar una taza de café calentito con una copita de ron. ¡ Al menos eso me está permitido! Estas cosas no se quejarán de la proximidad de mi cara ni de la de mi boca. ¡ Ninguna ofensa para ellas! Podré absorberlas hasta la última gota y pasar incluso una larga lengua por el azúcar que queda en el fondo de la taza. Tras lo cual, en pleno día, con este hermoso sol, dormiremos, el café, el ron y yo, en una alianza fúnebre, en el fondo de mi habitación, con las puertas cerradas. Nos sumergiremos en un sueño peguntoso.

Bigua hizo lo que había dicho.

Después de la siesta, hacia las tres, se despertó sobresaltado :

- ¡ Pero, a qué esperamos, mi madre, Desposoria, mis hermanas y yo ! ¡ Ahora más que nunca ! ¡ Más que nunca , puesto que ya no está prometida !

Y esa misma noche, en la mesa familiar, Bigua piensa :

- ¿ Quien está allí, frente a mí, en el otro extremo de la gran mesa? ¿ Quien es el hombre que va a ocupar, lo presiento, cada vez más mi pensamiento? ¡ Es mi hermano!

Para Bigua, todo ser, aunque viviera bajo su techo, se revelaba a veces de repente con el valor de una aparición.

- ¡ Es mi hermano! Me parece que mira a mi pupila con placer. Y yo no me había dado cuenta hasta hoy. ¡ Ah! ¡ Semejante distracción no es de extrañar en mí! Dicha y honor esperan a esta casa. ¡Ahora entiendo por qué no ha querido saber nada de Joseph! Pero no tan rápido. ¡ Por una simple miradita de mi hermano! Sin embargo, ha habido una sonrisa de mi pupila, una sonrisa nacida mientras le miraba y que se prolonga ahora que ya no lo mira..... ¡Pero Nelson y Marcelle se miran de nuevo! ¡Mirad como sus ojos y sus almas se desean el bien! ¡ Observadlos! Se admiran. El, mi hermano, es joven; ¡ No tiene ni treinta años! Hermosos cabellos negros, ojos de fuego, está más vivo que una anguila. ¡Ah! ¡Olvidaba el pasado de Marcelle! ¿Cómo he podido olvidar eso? ¡ Qué más dá! Mi hermano es un chico inteligente. Quizás conozca ya esta historia por algún criado; ¡ Bueno, si no la conoce, ya se la contaré yo! Marcelle no necesita sino justicia. ¡Hermano mío, te doy a Marcelle! Te la doy de corazón. ¡Ah! te gustan las francesas. ¡Bien, amigo mío, pues te casarás con una! Ya es hora de que las cosas se arreglen en el mundo y reine un poco de razón.

En el desayuno del día siguiente, Nelson continuaba mirando hacia el lado de Marcelle, pero siempre sin segundas intenciones. Gozaba simplemente de esa presencia tan reservada junto a sus ruidosas hermanas. La voluntad de recogimiento de Marcelle, su palidez tan delicada, le daban un aire distraído y conmovedor. No necesitaba en absoluto vigilarse para dar buena impresión. Pero, aquel día, pensaba

el coronel, Marcelle no parecía preocuparse apenas de Nelson. Las miradas de la joven erraban por la habitación, sin saber muy bien donde posarse, como pájaros titubeantes entre todas las ramas del bosque.

- Sí, podría decirse realmente que quiere evitar a mi hermano. ¡Se equivoca! Mi hermano es orgulloso, puede que se canse. ¡Vamos, Marcelle, esto es muy serio! ¡No aparte la mirada, querida Marcelle, no siga titubeando de esta manera!

Bigua, totalmente absorto en su idea de incitar a Marcelle a tomar en consideración lo que él tiene por insinuación de Nelson y ardiendo en deseos de darle, desde su asiento, algunos consejos mudos, no sospecha que, desde hace un momento, está atrayendo por ello la atención de su familia. Empiezan a temblar por esta especie de curiosidad apasionada.

Les da miedo comprender.

En pleno comedor, hace a Marcelle, que aparta la mirada, una extraña exhortación, una señal insistente, involuntaria, que la invita. ¿A qué? se preguntan los asistentes. Le dirige una sonrisa extraña que intenta ser tanto más natural cuanto más cruelmente acosado por oscuros sentimientos se encuentra.

¡Antoine lo ha visto, y las hermanas de Bigua, y Desposoria!

La miopía de Misia Cayetana no le ha permitido darse cuenta exactamente de la actitud de Bigua. Pero ella nota que algo extraño ocurre y que se trata de su hijo querido, de esa joven francesa. Siente a su alrededor bocanadas de desdicha y, a pesar de toda su energía, jadea durante dos o tres segundos. ¡Esa mirada de Bigua, esos cabellos blancos que flamean! Se pone a pensar en aquella horrible cosa que había en la maleta de su hijo.

Y sin embargo, el coronel, como si sólo estuviesen en la habitación Marcelle, Nelson y él continúa mirando con pasión hacia el

lado de la joven para alentarla, para empujarla de buena fe a los brazos de su hermano.

Pero baja la mirada. ¿Qué ha hecho? ¿Qué habrá podido hacer? Se avergüenza de sí mismo y no sabe por qué. ¡Ah! puede que haya hecho alguna mueca involuntaria. Olvidó que todos esos ojos le miraban.

Fred y Jack, que no se han dado cuenta de nada, se ponen afortunadamente a hablar en español, y su acento inglés divierte por un instante a las hermanas de Bigua. Al menos, lo pretenden.

Nelson, poco sensible, no se ha dado cuenta de la extraña mirada de su hermano un instante antes, pero las mujeres paralizadas en torno a la mesa, no pueden romper el silencio.

Después de almorzar, Misia Cayetana cruza uno de los patios y sube a su habitación donde la espera Emilia. Cuando tomaban el café, la madre dijo por señas a su hija mayor que tenía que hablar con ella. Emilia no olvidará nunca esa sonrisa de Bigua a Marcelle, esa especie de espantosa incitación en plena mesa.

Madre e hija que no esperaban sino gran felicidad con la llegada de Bigua, cuchichean en un rincón. Misia Cayetana ha conservado toda su sangre fría. Se dirige a la habitación de Desposoria. Está casi al fondo del pasillo, antes de la habitación de Marcelle. Se apresura, breve y encogida, aún tan viva a pesar de su edad.

Piensa :

- Esta mujer tan blanda, la buena Desposoria, ¿comprende a mi hijo? ¿Se toma la molestia de comprenderlo? ¡Ah! ¡No basta con ser buena y dormir!

Misia Cayetana y Desposoria están ahí, totalmente solas, una frente a otra. Sí, la puerta vidriera está bien cerrada. Pero, ¿cómo se confesarán sus impresiones?

La madre de Bigua se dice: "¡Hace mucho tiempo que tendría que haber intervenido! ¡Pero podía imaginarme yo que mi pobre hijo!..."

Desposoria piensa : "¿ Se va a poner a contemplar a Marcelle delante de todo el mundo? ¡Y yo que lo creía totalmente curado de esa pasión!"

Misia Cayetana coge las manos de Desposoria :

- Querida niña, encuentro a Bigua preocupado a veces, extraño, como hace un instante, en la mesa.

- Sí, nervioso. ¡Oh! ¡Siempre ha sido nervioso! El aire del mar es estimulante, dijo Desposoria, quien a pesar de su turbación pronunció esta frase hecha sin demasiado esfuerzo.

- El aire de aquí, es el aire en el que nació, prosiguió Misia Cayetana, un poco irritada. El aire de sus padres y el mío. Y no pienso que pueda hacer daño a mi hijo. Pobre Desposoria, ¡no nos engañemos! Perdóneme si voy al grano. Tengo un poco miedo. ¡Ah! ¿ cómo lo diría yo? Me da miedo esa joven francesa, dijo Misia Cayetana, con una sonrisita muy dolorosa.

- ¡Ah! señora.

Desposoria se cubrió la cara con las manos y no se supo si era para llorar o para esconder la verdad a su madre política. Sentía vergüenza de sí misma y se veía indigna del papel que tenía que desempeñar. Un poco después que Misia Cayetana, pensó también que "no bastaba con ser buena". Cuantas veces había sufrido por su inferioridad y especialmente desde "el accidente" de su marido; no se encontraba a la altura de su cometido. Junto a Bigua debería encontrarse una mujer superior, del estilo de Misia Cayetana. Y Desposoria no se atrevía a compararse con ninguna de las vendedoras de Paris que llevaban tan bien su negocio en el barrio de la Trinidad. (Siempre las había envidiado en secreto)

Fue una compañera totalmente pasiva lo que su marido había encontrado en ella y siempre dispuesta a aceptar sus ideas más extrañas, a secundarlo en sus proyectos, en sus decisiones, por

peligrosas que fueran. Cuando le sucedió en el Cecil de Londres y dijo con la voz turbada : " Hay en el coche dos gemelos medio muertos de frío que acabo de recoger de un banco. Sería mejor quizás que no se supiese en el hotel. Si, vamos a regresar inmediatamente a Paris despues de vestirlos convenientemente.....", ella no supo qué decirle, aceptando todo de antemano. Más tarde, cuando Antoine, cuando Joseph, cuando Marcelle, tampoco se atrevió a oponer a Bigua la menor resistencia. " Si, habría sido mejor encontrar argumentos, contrariar la locura de mi marido", pues ese robo, ahora lo veía, ahora se lo confesaba a sí misma ante la madre de Bigua, ¡ese robo era el acto de un loco! ¡Debería haber avisado al médico, a la familia de Bigua, haber hecho lo que fuese necesario!

Por primera vez Misia Cayetana se atrevía a preguntar a su nuera por Marcelle.

- ¿Pertenece a una buena familia? ¿Conoce usted a sus padres? Veamos, ¿en qué circunstancias entró en su casa?

Desposoria no sabía qué responder. Le parecía que Bigua le gritaba : "Chitón", un chitón trágico y desesperado. Mala suerte, hoy, por el bien de su marido, estaba decidida a hablar, a decir todo lo que era posible desvelar.

- No pertenece exactamente a una mala familia, dijo Desposoria, tranquilizada por su destreza de haber encontrado ese pobre adverbio que no arreglaba nada.

- No quisiera causar ninguna pena a mi hijo, pero la presencia de esa joven en casa puede resultar extraña. ¡Hay que hacer algo!

Luego, respondiendo sin duda a una pregunta interior :

- Mi hijo es un perfecto hombre honrado.

- Los años de Paris no lo han cambiado, señora.

- ¡Ah! ¡claro! dijo Misia Cayetana que no vió con desagrado que sus suposiciones se confirmaran.

De repente, Desposoria rompió en ardientes lágrimas y dijo, escondida tras sus manos que temblaban :

- Todo esto, señora, es por mi culpa. La pena mayor de mi vida es no haberle dado hijos.

Misia Cayetana se levantó, conmovida, y fue a abrazar a su nuera. Tras un instante de indecisión :

- Querida Desposoria, ¡ no se eche la culpa de este modo!

Y como la mujer de Bigua prorrumplía en sollozos cada vez más violentos :

- Cállese, niña mía, no es usted en absoluto responsable de lo que sucede y, puedo decírselo, ahora que sé cuanto le quiere. Os marchásteis con tanta rapidez después de la boda. Apenas nos conocíamos entonces. Voy a contarle algo que el mismo Bigua ignora, usted me comprende, insistió, algo que ignora totalmente y que yo sé por mi hermano, el doctor. Su marido, a consecuencia de una ligera enfermedad en su juventud, aunque verdadero marido es incapaz de ser padre. ¡ Si no tiene hijos, querida Desposoria, tranquilícese porque no depende de usted esta desdicha!

- ¡Ah! exclamó la mujer de Bigua con simplicidad.

Estaba muy oscuro en la habitación. Doña Cayetana decía en voz baja :

- Desposoria, ¿no estará resentida contra mi hijo? ¿verdad?, ¡es tan bueno! ¡Oh! sé que no lo querrá menos por esto. No es culpa de nadie, de nadie. Dios no lo ha querido.

Hubo un silencio absoluto. Luego ese silencio se irguió como una ola hasta el extremo de su cresta y recayó.

Desposoria se había desvanecido.

Y como las dos mujeres daban la espalda a la puerta vidriera, Misia Cayetana no se había dado cuenta. Estaba tan conmovida por su brusca revelación que se preguntaba si era propio de una buena madre

el haberlo hecho.

Desposoria volvió en sí ella sola en la habitación oscura. La conversación se reanudó o, más bien, en principio fueron sólo algunas palabras suspiradas por ambas partes, y débiles interjecciones.

La puerta se entreabrió sola.

Se oía el ruido de los tranvías, su campana. ANtoine y los gemelos corrían por el pasillo, deslizándose por el enlosado de mármol y, a veces, venían a chocar con la puerta. Luego se alejaban.

Misia Cayetana no olvidaba la finalidad de esta conversación :

- Perdóneme por insistir, dijo después de haber cerrado la puerta. Pero la felicidad de mi hijo está en juego. Necesitaría conocer ciertas cosas. ¿No podría informarme exactamente de lo que sabe usted de esa joven?

Desposoria, envuelta en nuevas lágrimas, habló de la madre de Marcelle, de su padre, de su embarazo, de Joseph y calló únicamente el robo de los niños.

Misia Cayetana reaccionó rápidamente, excusó a su hijo, "demasiado bueno", dijo. Y, cuando hubo abandonado la habitación, Desposoria notó que su madre política iba a tomar cartas en el asunto.

La revelación de la esterilidad de Bigua era una de esas noticias que a uno le esperan a veces al otro lado de los mares, noticias secretas y trepidantes que no tuvieron fuerzas para cruzar el Océano y se quedaron en la orilla.

Desposoria se quedaba sola en su habitación. Un orgullo involuntario se apoderaba de ella a pesar de toda su tristeza. Se miró en el espejo del armario. ¡Era una verdadera mujer, capaz de ser madre! ¡Cuántos sacrificios había hecho ella, cuántos años de extrema sumisión, porque se reprochaba esa grave insuficiencia. Y esos hermosos vestidos! Esos hermosos vestidos de noche que no se había

atrevido a ponerse una sola vez desde su llegada, como si no hubiese tenido derecho a todo ese lujo. Y sin embargo, ¿por qué los había elegido con tanto esmero? ¿Y esa ropa interior, esos colores suaves, esas cintas para piel morena.

- Para honrar a Bigua, piensa Desposoria, presa de llantos.

Había querido también sorprender un poco a su familia política, la excelente criolla que venía de París, e incluso había pensado en maquillajes complicados, en cremas para la cara muy caras que pensaba utilizar el día de su desembarco en Montevideo. Todo eso lo había arrojado ella al mar.

Y Bigua no sabía nada, no veía nada, él, que iba por la vida, de una habitación a otra, envuelto en una niebla de ignorancia.

¿Acaso no había dicho a su mujer hacía algún tiempo :

- Desposoria, y tus joyas? Ya no las veo. Debes ponértelas, amiga mía, eso agrada a mamá.

Y había abandonado la habitación sin esperar respuesta.

Al cabo de un instante pensó, muy confusa :

- ¡No se trata de mí, sino de él! Y quizás sea por eso por lo que lo quiero, porque no sabe nada, porque no ve nada, como un recién nacido, desnudo ante una puerta cochera.

En el almuerzo, Bigua, inquieto, no se ocupó de su hermano ni de Marcelle, y contó con detalles sin interés, unidos a duras penas, un paseo que se había dado. Para alargar el relato, fingía incluso haberse confundido de tranvía.

Pero Misia Cayetana decía a su hijo :

- Me encontré esta mañana con nuestro viejo amigo Toribio Martínez al que aún no has visto. Vendrá a verte después de comer.

Esta noticia, insignificante en sí misma, había sido anunciada en un tono que le confería una importancia verdadera.

- ¿Sabes que vive en una granja muy bonita a unos quince

kilómetros de aquí? añadía la madre de Bigua.

A decir verdad, se había encontrado con Martínez, pero sólo porque había ido a verlo a su casa.

Después del almuerzo, introducen al amigo de la familia en el salón, al que Bigua va a reunirse con él. Pero, cuando éste se dispone a cerrar la puerta tras él, ve a su madre que le sigue.

Sí, sin lugar a dudas, es su madre.

Martínez invita a Bigua a ir a pasar unos días en su propiedad. Insiste.

- Claro que sí, dijo Misia Cayetana, deberías pasar allí unos días. Es un lugar admirable.

Bigua, vigilado por su madre que no le quita ojo, acepta ir.

¡Ah! siente claramente, ese corazón puro rodeado de un gran malestar, que crea a su alrededor, hasta en los seres que ama profundamente, una atmósfera de profundo tormento, un aire irrespirable. Bigua se irá al día siguiente. ¿Pues, no es su misma madre, su madre que lo quiere más que a nada en el mundo, quien ha pensado en alejarlo, quien ha preparado esta salida? ¿Acaso no lo ha forzado a ello cuando a penas hace unas semanas que llegó?

Por lo demás, Bigua encuentra el medio de pensar que este viaje no será inútil. Allí reflexionará sobre el mejor modo de preparar la boda de Marcelle con Nelson. Se precisa mucho tacto, mucha habilidad. Luego de repente se dice :

- ¡ Y quien sabe si fuera de mi presencia, esa boda no se hará con mayor facilidad!

Bigua se ha marchado, envuelto en su guardapolvo que le llega hasta los pies.

Se queda unos quince días en casa de Martínez, una casa de campo, hermosa y blanca, tras sus eucaliptus.

De repente regresa a Montevideo. El inocente ha encontrado algunas frases que le parecen particularmente afortunadas y que dirá a Nelson para que se decida.

Llega a su casa a las tres de la tarde, y se dirige hacia la habitación que sirve para el cuidado de la ropa. Es allí donde se encuentran las mujeres normalmente a esta hora. Apenas acaba de abrir la puerta cuando ve que alguien falta. E incluso antes de que sus ojos recorrieran las caras presentes, comprende que es Marcelle.

- ¿Estais todos bien? pregunta con una voz cuyo timbre le extraña.

- Claro.

Comienza a sentir a su alrededor una tensión que se va haciendo masiva.

- ¿Estás contento de tu estancia allí? le pregunta su madre.

- Parece ser que es una hermosísima propiedad, añade Emilia.

- ¿Has montado a caballo? dice Desposoria.

Bigua responde evasivamente.

Tras un esfuerzo considerable, dice :

-¿Y aquí, nada nuevo?

- Poca cosa, se apresura a responder Misia Cayetana que se

ruboriza. (Tiene todavía la tez de una jovencita.)

Luego :

- ¿No te gustaría descansar un poco en tu habitación?

- No estoy cansado, dice Bigua saliendo de la habitación.

Inmediatamente, se dirige hacia la habitación de Marcelle.

Ni su cepillo de dientes, ni su peine están allí.

Los cajones del tocador están vacíos.

¿Qué hay en el armario? Dos cajas vacías. Todo está vacío en la inmensa habitación.

Desposoria evita venir a la habitación de su marido.

Por la noche, a la hora de la cena, Bigua se pregunta aún si sus suposiciones son verdaderas. Llega el primero al comedor. En el lugar ocupado normalmente por Marcelle, busca un servilletero. Mira la inicial. Es el de su hermana Emilia.

Bigua sigue sin preguntar nada relacionado con Marcelle. Espera aún verla milagrosamente asistir a la cena. Pero entra su madre y su hermana Emilia, ni siquiera queda un sitio libre, nada, nada, ni la más ligera esperanza. Todos han ocupado sus asientos y Marcelle no está.

-¿Quien ha hecho esto? piensa Bigua que se pregunta hacia qué parte dirigir su odio.

Come en silencio. Parásitas reflexiones se mezclan con sus alimentos, dándoles un sabor atroz. Todo este horror que engulle, ¿es aún muerte?

Necesita algún tiempo para que esta dura noticia llegue a su sangre, a su corazón, a su entendimiento. Y cree ver que su madre, a pesar de su seriedad, a pesar de su impasibilidad aparente, no está disgustada por esta marcha sino que incluso está profundamente satisfecha.

Va comprendiendo cada vez más que se han equivocado en cuanto a

sus intenciones con respecto a la joven. Y, de repente, la sangre afluye al rostro y la vergüenza por todo su cuerpo. Pero se calla.

Después de cenar, Misia Cayetana se lleva a Bigua al pasillo y Desposoria se queda allí, temblando de humildad. La madre abraza a su hijo con una ternura especial, le murmura al oído que se encuentra bien, muy feliz de volverlo a ver, que él siempre ha sido su hijo preferido, ¡y con diferencia! Ninguno de sus hijos tiene esa nobleza de sentimientos. El es el verdadero santo de la familia.

Y eso es todo.

Bigua se deja besar por su madre, pero se limita a estrecharle la mano. Se retira a su habitación, estupefacto por no haber pedido ninguna explicación sobre esa marcha. ¡Es así exactamente! piensa. ¡Le ponen a uno ante su tumba, y le cubren de caricias!

En su cama, durante toda una media hora, parece aún bastante tranquilo, pero va haciéndose más consciente de esa tranquilidad, una gran tranquilidad blanca por incandescencia.

¿Cómo puede una desgracia, que tardó tanto para formarse en secreto, declararse así, de repente, como cuando el doctor dice al oído del familiar cercano a un enfermo: "No lo dude, es cáncer."?

Bigua, en esta habitación, se da cuenta de que se va a poner a gritar, y de que se necesitará un gran vacío alrededor de la habitación para semejante dolor.

Acostado, desesperado como la noche en que, vecino de habitación de Marcelle, en París, agonizaba de deseo, Bigua tiene la impresión de hundirse poco a poco en sus propias tinieblas ardientes.

¡Aguantar quieto, cuando uno se quema en mil antorchas! Aguantar quieto, ¡oh! ¡el mayor suplicio! Se levanta, las paredes están muy cerca, las horribles paredes vienen a su encuentro. Ni siquiera puede ya dar un solo paso en esta habitación que tiene seis metros por ocho.

¿Salir? ¿Adónde ir? ¿En qué sentido? ¿En qué dirección? El

mundo es sólo paredes, salen de todas partes, incluso del mar, bajan del cielo. ¡Ah, qué buen juego tienen, son las dueñas! Bigua está cansado de huir, de salir, de buscar siempre fuera soluciones y posibilidades. Y además, "fuera" no existe. ¿Salir, por qué? No puede más. Bigua, abrumado, se vuelve a acostar, para ver a solas en la oscuridad lo que debe hacer - ilo que debe hacer!

De repente, una palabra acuciante se apodera de su mente:

- ¡Tutor!

¡Es el tutor de Marcelle, y ni siquiera le han consultado antes de hacerle salir de su casa!

Ahora oye a Desposoria que, de puntillas, se acuesta en la habitación vecina, que un delgado tabique de madera separa de la suya.

¡Cómo odia a esta mujer que está allí, cerca de él, y ni siquiera ha sido capaz de darle un hijo! ¡La odia desde el fondo de todos los días del pasado, lentamente amontonados! Por todo lo que sabe de él, por su dulzura, por su garganta, su boca que son exactamente así y no de otra forma, por el acento de su voz, por esa placidez, esa bondad, esa forma de caminar con la cabeza un poco inclinada, de ponerse el sombrero, su forma de sentarse, su forma de no cruzar nunca las piernas, su forma de comer, de coger la cucharilla de café, la cuchara de la sopa, el tenedor de pescado, el cuchillo del queso, su forma de remojar los dedos en el enjuagadientes, por su forma de decir: "¡Ah! hoy he caminado mucho, me acuesto con placer. Tengo las piernas cansadas." Por su actitud de asentimiento hacia él, la misma actitud que adoptaba cuando servían pollo en la comida, pues adoraba el pollo, ¡la bruja! Por todo, por todo, por todo. Ella irrumpe incluso en su sueño: en vano intenta él sustraerle algún secreto que ella le ha robado. La odia incalculablemente, infinitamente, aisladamente, y universalmente. ¡Todos los adverbios de la tierra no serían suficientes! ¡La odia en toda su triste y gorda y melíflua femineidad!

¡Odia a todas las mujeres, madres, esposas, hermanas, con sus horribles faldas que enarbolan en la vida, las casas y los pisos, por la necesidad que tienen de intervenir en la miserable existencia de los hombres y obligarles a hacer lo que quieren, lo que incuban, esas gallinas de la desgracia!

- ¡Malditas! ¡Malditas!.....¡Precisamente, cuando lo había hecho todo para separarme de mi pupila, cuando casi había olvidado la mujer que había en ella. Cuando la estaba preparando para un matrimonio honroso, para una felicidad perfecta!

Se daba cuenta de que, desde hacía algún tiempo, su madre y su mujer habían tomado no se sabe qué precauciones y ya no le dejaban salir solo con Marcelle. Ya no iban juntas a misa por la mañana, para que hubiera siempre una de guardia en la casa. ¡En toda esa vigilancia, esos cuchicheos en el hueco de las ventanas, esos conciliábulos tras las puertas, esas oraciones en común, esa conjuración contra él, no había pensado él hasta ahora! ¡Ah, ya era hora!

Mas, ¿qué habían de reprocharle, a él y a esa joven que se enmendaba de día en día? ¡Misericordia! ¡Falsa bondad de las mujeres, y sus senos hipócritas! Hastío, hastío y podredumbre del mundo.

Eran las tres de la mañana, hora en que el corazón humano, incluso a través del gran sueño del cuerpo, y con las sábanas siempre dispuestas a convertirse en mortaja, entabla secretas negociaciones con el día que va a nacer. Bigua aún no había podido pegar ojo.

Y, de repente, oyó una voz que murmuraba: "Me das asco Desposoria." Era, sin lugar a dudas, su propia voz, pero le costó reconocerla. Entonces gritó cada vez más fuerte, como para hacerse más consciente de su propio pensamiento: "Desposoria, me das asco."

Como Desposoria no decía nada, fue a su habitación, pulsó el interruptor y acercándose a la cama, dijo, con los brazos cruzados,

con calma, una gran calma militar, mientras ella seguía durmiendo:

- Desposoria, me das asco. ¿Sabes lo que esto significa?

Luego :

- ¿Qué mal hacía yo? ¿Qué mal hacía Marcelle?

¿Dormía? Bigua no estaba seguro de ello. Y sin embargo, ¡qué inmovilidad! ¡Oh, duro, implacable sueño! ¡Como duerme el mundo entero en torno a un solo hombre que vela, descalzo, en el suelo de la tierra y al que nadie releva! Mala suerte, tendría que despertarla y cometer ese asesinato al revés.

La cogió por los hombros y la zarandeó con violencia. Y cuando los ojos de su mujer se abrieron, la ira del coronel se arremolinó y estuvo a punto de caer. Bigua seguía hablando, sin dejarle decir palabra, como alguien que sabe exactamente lo que ha ocurrido.

- Pero, ¿por qué, por qué la habéis puesto de patitas en la calle? ¿Queréis acaso que haga lo que su madre! ¿Qué habéis imaginado las dos, mamá y tú? ¡Una niña que iba conquistando día a día su dignidad! ¿Por qué? ¿Por qué la habéis expulsado? Peor aún, la habéis incitado hipócritamente a marcharse, sin darle explicaciones. La habéis embaucado, le habéis hecho creer que su deber estaba en otra parte. ¿Qué daño hacía? ¿No fue siempre bajo este techo la imagen de la decencia, de la corrección?

- Te juro que no tengo nada que ver con esta partida. Un día Misia Cayetana me anunció que tu pupila se había marchado. ¡La busqué por la casa, y era cierto!

Bigua seguía en sus trece, como si su mujer no hubiese dicho nada en absoluto.

- ¿Por qué no me consultasteis antes de llegar a esto? ¡Un buen consejo de familia animado por la mejor voluntad, cinco o seis corazones en torno a una mesa, así debería haber sido! Habría podido hacer oír mi voz.

Ella cogió sus brazos, los sacudió, azorada.

- ¿Me oyes, amigo, me oyes? dijo Desposoria que no lograba alcanzar la comprensión de este hombre, cuyos ojos brillaban sin embargo como los de los vivos. ¡Te juro por lo que más quiero en este mundo, te juro por tí mismo que no tengo nada que ver con esta partida!

- ¡Ah! Ahora que se ha ido, quizás para siempre, ¿qué va a ser de mí?, dijo Bigua con los ojos llenos repentinamente de lágrimas virginales que afluían de su corazón intacto. (¿Era aquello posible? ¿Era realmente el hermético Bigua?)

- ¡No puedo más! ¡Nunca te oculté nada, nunca te engañé. No hay nada criminal en mi sentimiento por esa joven, nada, te lo juro. Una sola vez, en París, la besé en un momento de exaltación extraordinaria, una sola vez! Y lo digo ahora sin vergüenza, sin arrepentimiento.

- ¡Bigua, Bigua mío!

- Soy un hombre honrado, Desposoria. Tú que me has visto día y noche, tú que sabes que la expresión de mi rostro es una confesión continua.....

- ¡Eres la honradez misma!

- ¡Puede que no sea digna de tu bondad que es inmensa, ya me entiendes! Pero comprenderás que esos hijos que yo no he tenido....

Un gesto impreciso de agobio concluyó la frase.

- ¿Recuerdas como te daba ánimos, cuando llorabas por no tenerlos?

Un escalofrío, que la recorrió de pies a cabeza, conmocionó a Desposoria.

- Nunca te quise menos por eso.

- Sí, amigo mío, siempre fuiste infinitamente bueno, dijo seriamente Desposoria.

- Hoy, ayúdame, ayúdame un poco, a mí que nunca te pedí nada, dime algo que tranquilice, encuentra algo, encuéntralo, querida Desposoria. Dime, aunque no sea cierto, que quizás un día me des un hijo.

- ¡Pobre amigo mío, dijo ella, levantándose en camión, y rodeándolo con sus brazos. Volverá! ¡Marcelle volverá!

- ¡Ah! ¿tú crees que volverá? dijo con gran turbación Bigua que oyó al fin la voz de su mujer, y al fin comprendió el sentido de sus palabras.

Desposoria se había sentado en el borde del extremo de su cama, a la vez trastornada y feliz de la franqueza, de la ternura con la que Bigua acababa de hablarle por primera vez.

Y Bigua, temiendo que cogiese frío, le puso un chal en los hombros.

Caminaba de un extremo a otro de su habitación con un pijama triste como el alba, y como a veces caía el chal entre sollozos mal reprimidos, él lo colocaba enseguida en la espalda de su mujer, sin decir nada, y emprendía de nuevo su camino, camino que iba de pared a pared, de pared a pared.

- Está claro que si se trata de una fuga, ya no podré tenerla bajo este techo. Si supieras cuanto me costó aceptar esa idea de cohabitación en la casa de mi madre. Sí, aquello fue terrible.

- Lo sé amigo mío.

-¿Dónde está? ¿Dónde está ella? ¿Nunca te dijo nada que pudiera hacerte imaginar esta brusca partida?

- Nunca. Pero tu madre debe saber algo.

¿Había oído Bigua esta última frase? Continuó :

- Entonces, ¿crees de verdad que la veremos volver un día?

- Claro, dijo Desposoria con sosiego, la veremos volver.

Desposoria se levanta, acompaña a Bigua hacia su cama y lo arropa

con cuidado, luego, descalza, haciendo un ruido sordo en el suelo, vuelve a su cama.

Y aquí están de nuevo, los dos esposos, cada uno en su habitación, separados por el delgado tabique de madera, el mismo de hace un momento.

Bigua comprendió que Desposoria no tenía nada que ver con esa partida. Nunca se habría atrevido a intervenir. No quiere preguntar nada a su madre. Sin duda supo cual fue el pasado de Marcelle, y Bigua no puede culpar del todo a Misia Cayetana por haber alejado realmente a la joven. A la mañana siguiente le dará incluso los buenos días con la deferencia de costumbre.

Y pasa todo el día, sin que se pronuncie el nombre de Marcelle.

A pesar suyo, por momentos, sigue resentido con Desposoria. Está resentido con ella por seguir siendo Desposoria, cuando Marcelle ya no es nada, sino una joven desaparecida.

Había que seguir viviendo. El suicidio no estaba hecho para él. No muere quien quiere.

Bigua trataba de interesarse por la gente que le rodeaba, por la gente de la calle. Pero sólo era capaz de veleidades. Se le veía empezar una frase con gran entusiasmo, para acabarla sin tono y sin vida, como si hubiesen transcurrido años entre las primeras y últimas palabras - años e incalculables distancias.

Estaba harto de comer tristemente, mañana y tarde, junto a desposoria y a su madre. Comer. Sí, al realizar este acto que le une a la vida, sufre muy especialmente por encontrarse junto a estas dos mujeres.

¡Lo rodean de cuidados, de consejos, de humeantes infusiones! Le impiden respirar, pensar en Marcelle sin restricciones. Está agobiado, hechizado por toda esa ternura, esa honradez tan visible, como por

montañas que esconden la finura extrema del horizonte.

Al cabo de una semana, recuerda que Marcelle había preguntado un día, con una insistencia que le parecía ahora significativa, el nombre y la ubicación de la gran estancia de Bigua.

Pensaba que quizás se encontrara allí. Por más que se decía que era imposible, que esa hipótesis era estúpida, que era una clase de esperanza absurda (no se puede imaginar que una joven extranjera se presente al administrador de una estancia muy alejada para pedirle hospitalidad), no podía dejar de pensar :

- ¿Cómo es que preguntó esa dirección y la buscó durante tanto tiempo en el mapa de Uruguay? ¿No quería huir de este ambiente en el que se sentía molesta y desdichada a pesar de las apariencias?

¿Por qué no escribir al administrador y esperar una respuesta? En este caso no se escribe, pensaba. ¡Debe darse uno cuenta por sí mismo! De todos modos tenía que abandonar estos lugares. Aún creía en la ilusión miserable de un cambio en su vida, gracias a una partida.

- ¡Sí, Desposoria, piensa, a tí que estás frente a mí te voy a abandonar. Te prefería reservada como antes de mi suicidio. Y tú, madre, tú que has maquinado todo, quédate que yo me voy! No quiero ver más tu mirada. No quiero ver más ese cuerpo, esa cabeza, esos miembros cuyo conjunto forma a mi madre, indiscutiblemente.

Cuando Antoine, Jack y Fred, preparados para la marcha, estuvieron abajo, ante Misia Cayetana, con los ojos enrojecidos, y Desposoria que ocultaba todo su dolor, cuando, habiendo bajado ya las maletas, se hubo despedido Bigua de los suyos, permaneció unos instantes inmóvil ante ellos :

- Perdón a todos, dijo de repente. Olvidaba algo.

Y, sin otra explicación, subió de un impulso la escalera hasta el primer piso y corrió hasta llegar ante su habitación. Luego, de

puntillas, avanzó a lo largo del pasillo y entró en la habitación que había sido la de su pupila.

Bigua, de pié, con la mirada extraviada, hurgaba el aire de la habitación, como hacen los faros de los buques de guerra, algunas tardes.

-¿Qué busco en esta habitación cuando todo el mundo me espera abajo?

¡Qué hacía allí, cuando las maletas debían estar ya en el coche y, para todos, se había marchado! No podía moverse, había venido a ver, a mirar si, en el último instante, podía conocer alguna novedad. Su mirada iba de las cortinas a la alfombra, del armario a la cama de cobre, de las paredes al techo.

- Vamos a perder el tren, gritó Antoine desde abajo.

Bigua no respondió. Inmóvil, pero cada vez más apresurado, continuaba buscando. ¿Qué coger? ¿qué robar? ¿tela, vidrio, madera, metal que hubiera pertenecido a Marcelle?

Respiró con fuerza el aire de la habitación. Y, sin haber cogido ninguna otra cosa, bajó.

- Rápido, rápido, dijo Misia Cayetana

- ¿Que vais a perder el tren!

Se marchaba a su estancia de la jurisdicción de Tacuarembó que su gestor le había comprado nueve años antes y a la que Bigua había puesto el nombre de su mujer.

Se marchaba sin haber tenido con su madre la conversación que le habría aclarado algo sobre el destino de Marcelle. Veinte veces, Misia Cayetana, dispuesta a las confidencias, al perdón de él no sabía qué, se había quedado sola junto a él. Pero él siempre había abandonado el lugar sin decir palabra o había llamado a uno de los niños para alejar aclaraciones que le daban pánico.

SEGUNDA PARTE

Tras una noche en el tren, Bigua mira a derecha e izquierda, el campo infinito.

- Está bien, dijo, dando su aprobación al desnudo paisaje por haber permanecido fiel al recuerdo que de él tenía.

El ganado está tan disperso que parece pequeñito y sin esperanza. Hace suya la tristeza vacía de las pampas.

Antoine, Jack y Fred se fascinan de la blancura de los corderos recién nacidos. Inseguros aún sobre sus largas patas, se restregan contra las ovejas apretadas y sombrías por haber pasado tantas noches bajo negros auspicios.

El tren circula ahora entre los cactus. Según estén iluminados directamente por el sol de la mañana o a contraluz, se funden con el oro de los campos o se alzan condenados a terribles espinas.

- ¿Ha visto esto Marcelle? ¿Conoce ese árbol que pasa noblemente tras la portezuela? ¿Ese caballo que galopa en la soledad? ¿Y que en el horizonte es ya tan solo un puntito vivo?

El tren aminora la velocidad y se detiene en pleno campo, exactamente frente a una mestiza que cuelga ropa recién lavada a un alambre alto. El viento se mete en una camisa rosa, medio seca, haciéndole un vientre desmesurado. Cerca del rancho, un indio a caballo mira, con una sonrisa estúpida y una colilla pegada a los

labios.

En cuanto paró el tren, algunas mujeres con faldas de colores vivos, escapan tras la choza de barro endurecido, chicas mayorcitas, huesudas y púdicas, sorprendidas en la miseria y el desorden de sus pingajos. Una de ellas cuyos cabellos cual crines se extienden pobremente por la espalda, es la última en desaparecer, esbozando un moño en su nuca.

-¿Qué me importan todas estas mujeres? ¡Desapareced todas y que nunca más os vuelva a ver! piensa Bigua.

Y la pampa, sorprendida sin su pintoresquismo, se apresura a extender sus inagotables reservas de desierto. La pampa, anccha como el mar y que le parecía estéril para siempre como ella.

- Mar sin olas, llanura infinita ¡Oh! te lo suplico, una ola pequeñita, pampa, puedes hacerlo de sobra para tu hijo que regresa, gran llanura, una pequeña ola en recuerdo de alguien a quien ama y que ha desaparecido... Por haberse marchado, por ser probablemente libre, ¿vas a ponerte a amar a esa joven más que nunca, viajero del ferrocarril?

Animado por el alejamiento en que la sentía y por la imposibilidad de situarla (¿al norte, al sur, al este, al oeste? ¿dónde estaba?) pensaba:

- Joven de todos mis instantes, estés donde estés, dame enseguida una mano, una sola de tus manos entre las mías para que la mire con detenimiento. ¡Ah! Ni siquiera sé como está hecha. Casi siempre, te saludaba de lejos, sin atreverme a tocarla. ¡Acércate ahora! ¿Existe la distancia para nosotros? ¡Oh! jovencita, ¿me oyes? ¡Marcelle de oído tan fino que adivinabas mis pensamientos, lucero de mis noches, juventud que no he degustado! juventud mía, sorda, muda, ciega, juventud del hombre de cara triste, ¿dónde estás? ¿Por qué deberes, por qué castigos oscuros y cotidianos, os he sacrificado a

ambas? Marcelle y tu, juventud, a vosotras dos que hoy confundo, ¡Oh hermanas gemelas! La gente se hace vieja en la tierra. Los años se adelantan y pasan como tropas de marcha. Y, de repente, se detienen para fusilar a un hombre, luego siguen su camino, sin volver la vista atrás. ¡Y yo no he hecho nada! no se me ha ocurrido nada mejor que lanzarla a los brazos de mi hermano.

Quizá era culpa del "inmundo microbio", como él llamaba a veces a su propia bondad.

¿O quizá había actuado con prudencia? ¡La prudencia! Tristes vituallas.

Tan cobarde ante las mujeres.

- No he sabido ser feliz un solo instante a su lado, tenía miedo, un miedo inmenso a todo lo que pudiera parecerse a la felicidad. Sin embargo quedaba sitio dentro de mi, para alguna felicidad, de calidad familiar evidentemente, felicidad doméstica y modesta con la que ya podría haberme conformado, a falta de algo mejor. Pero temía a la felicidad en todas sus formas, ahí estaba el peligro. Me he acurrucado en la desgracia. En ella me preparaba un rincón lúgubre, ¡a mi manera, coronel, a mi manera, Bigua, a mi manera, indio mestizo y recubierto de blanco! Incluso antes de mi suicidio, ya era así. ¡Ah! falso resucitado y partidario de los cadáveres con todas mis energías demenciales empleadas en el sentido de la inmovilidad y la muerte. ¿Qué estaba esperando? ¡Que murieses, Desposoria! ¡que todo el mundo muriera a nuestro alrededor! ¿No podía, al menos, hablarle con más dulzura? ¡mostrarle lo que significaba para mi, hacerle un pequeño cumplido, decirle una palabra amable, cuando no tierna, en vez de mirarla siempre con esta cara tan larga y tan hueca que ha acabado por alejarla de mi para siempre!

¡Vayamos hacia el norte! puesto que aún me queda esta esperanza insensata de volverla a ver allí, puesto que ni siquiera pude ver a

solas a mi madre para preguntarle donde estaba Marcelle. ¡Pues, sin duda, ella lo sabe, madre taimada!

¡Miremos por la portezuela! ¡Vamos, mira por la portezuela, estúpido, en vez de dirigir siempre la mirada hacia ese sucio fárrago de ti mismo, con toda esa maraña, esa complicación de nubes y tripas!

Era una estación, o más bien un apeadero, un hangar de chapa, pintado de blanco.

Y el tren reprendió lentamente su marcha hacia el norte.

A Biguale parecía que nunca ocurriría nada más en su vida. Y sin embargo sus miradas se detenían obstinadamente en la portezuela del tren como si de ella esperara un milagro tras otro.

Al final del día, nos detuvimos en la estación de Tacuarembó donde los viajeros debían pernoctar.

Desde la ventana de una habitación de hotel, Bigua miraba el poblado. Una campana, cascada probablemente, tocaba un ángelus irreconocible, hecho jirones. Algunas farolas escasas jalonaban y hacían más siniestro el vacío de las calles. Luego, el silencio se hizo absoluto. Bigua se imaginaba a bordo de un navío encallado en el que todo ruido ha cesado.

Volvió a su habitación.

En el vano de la ventana que se disponía a cerrar se veía brillar, en el centro exactamente, a Venus, que, lentamente, se dilataba al final del crepúsculo. Lentamente aproximó las dos hojas de la ventana, luego se detuvo, por miedo a aplastar a esa estrella viva, turbada, que temblaba como un corazón lanzado al fondo del cielo.

Al día siguiente, los viajeros tomaron la diligencia, un break que debía conducirles a la estancia Desposoria. El viento del norte

había traído tormenta y una fuerte lluvia se precipitaba sobre el coche al que el viento daba de vez en cuando fuertes sacudidas.

Durante la noche, oscura aún, los niños aturridos por el sueño obedecían al traqueteo del camino, como a órdenes sombrías. Bigua se extrañaba de que no hubiese aún más. Las había visto el día anterior, esas anchas franjas de tierra entre las alambradas que servían de cercado a las estancias; las había visto con sus innumerables rodadas, sus pendientes escurridizas, los riachuelos que las cruzaban, cardos, zarzas.

Cuatro caballos tiraban a un tiempo del breaky lo arrancaban del barro de la pista. Era una lucha constante, violenta y mojada. El "cuarteador", guía de la tripulación del carruaje, le precedía, con una larga tira de cuero de unos diez metros atada a la diligencia. El "mayoral", sentado en el sitio del cochero, servía de capitán de esta embarcación terrestre. Conocía bien el camino y daba instrucciones en voz baja al "cuarteador" que distinguía de lejos sus palabras, mientras que Bigua, en el coche, apenas las percibía.

A veces, se oía el chapoteo de charcas y riachuelos bajo los pesados cascos de los caballos, o bien el chasquido del látigo cuando había que subir una cuesta escurridiza.

Por fin, aparecía el día cuando Bigua ya no pensaba en ello. Brillaban unos hilillos de agua y mezclaban sus livideces en el camino. Grandes nubarrones, emborronados, despertaban y se precipitaban en el cielo sin saber aún muy bien donde irían.

Bigua miraba a unas lechuzas totalmente inmóviles sobre un poste de cercado como si fuesen un adorno decorativo. Una de ellas echó a volar muy cerca, con aleteo precipitado, lanzando gritos agudos, luego, de repente, se detuvo en seco, con los ojos fijos, sobre una estaca colocada un poco más lejos.

Si, así era.

Al cabo de varias horas, se cruzaron con un rebaño. Dos bueyes iban en cabeza, enormes y resignados, luego venía un centenar de animales con cuernos, de todo tipo de tamaños y piel. Tres toros, acompañados por un peón a caballo cerraban la marcha, abrumados por su propia potencia y el escroto que les cuelga. Se les veía avanzar a pesar suyo, uno de ellos bramó. Su mirada se quejaba de la inutilidad del viaje impuesto.

Más lejos, una campana extraña, cerca del camino. Parecía un animal paralizado en su carrera. Bigua y los niños bajaron del coche y vieron de cerca un caballo sarnoso bastante mutilado ya por la putrefacción y al que unos peones en plan de broma, le habían hecho sostenerse sobre sus patas, con ayuda de dos estacas.

El animal -lo que quedaba de él- esbozaba un trote impreciso de caballo disecado. Sus costillas descarnadas brillaban sobre el vientre hueco en el que el negro hormigueaba aún. Un poco de piel leonada se agarraba a la mandíbula y a las patas.

Mientras cambiaban los caballos, dos ibis de color rosa se lanzaron a volar sobre el camino. Una garza inmóvil, de perfil entre los juncos, a unos veinte metros del coche, dió algunos pasos hacia una charca próxima y sus duras patas se abrían como las piernas de un compás en una sucesión de ángulos muy agudos. Se detuvo al borde del agua, volviendo a una inmovilidad que, casi de inmediato, pareció secular. Llanura sin ciudades, sin relojes ni calendarios, un tiempo despótico y delirante reinaba allí. Llanura que, por todas partes, se entregaba violentamente a la monotonía.

Hacia ya mucho tiempo que los viajeros habían montado de nuevo al coche, cuando un perro sin raza, sin edad, y sin color determinado se puso a correr tras ellos. No lo habían visto acercarse. Parecía haber salido de alguna grieta del terreno. Bigua y los niños lo seguían con una mirada de comprensión sorprendida.

Al abrir una barrera y ver que el animal seguía manteniéndose cerca de la diligencia, el cochero dijo al "cuarteador" que lo echara de un latigazo.

El perro se puso a aullar durante un buen rato y huyó por el desierto, con la cabeza vuelta hacia el coche que se empantanaba en la pista. Por fin, Bigua lo vió y ordenó que se detuvieran. A fuerza de caricias, se hizo perdonar la brutalidad del cochero. La familia ambulante decidió incluso hacerse cargo del animal y montó de nuevo al coche.

De vez en cuando, el perro les miraba a los cuatro para ver si eran de verdad ellos, si seguían siendo ellos.

Sin embargo, un oscuro temor al futuro se imponía en Bigua. ¿Adonde iba por este camino interminable? ¿Había hecho bien abandonando la ciudad? Estaban cansados, él y los niños, de mirar a un avefria sobre el camino, alguna verbena en los campos, un árbol solitario, y la miseria de un riachuelo bordeado por escuetos sauces.

Intercambiaron una mirada rápidamente evitada. Tenían frío de una mala noche y de una comida de conservas y del viento que se introducía en el coche y del vacío que tenían ante los ojos y de sus manos abiertas sobre sus rodillas. ¡Ninguna otra cosa a que agarrarse en toda la llanura. Las manos sobre las rodillas! Sonaba a mandamiento del destino. Antoine rompió el silencio:

- ¿Nos queda aún mucho camino por recorrer?

- Seis leguas, respondió el cochero.

¡Qué desesperantes eran esas leguas de llanura desnuda, sin una cara!

- ¿Nos queda mucho aún? insistía Antoine, al cabo de una hora muy larga.

- ¡Apenas tres leguas!

- ¡Tres leguas!

El cansancio de los caballos se mezclaba con el del día moribundo.

A veces, pasábamos por un riachuelo.

- ¿Cómo se llama? preguntaba Antoine.

- El Sauce, decía el cochero.

- ¡Pero ya pasamos por uno que tenía ese nombre!

- Aún hay otro, más lejos, que se llama también El Sauce.

- ¡Qué país! pensaban los niños. ¿Tienen todos los riachuelos el mismo nombre aquí? ¡No han sentido la necesidad de buscar otros!

Cuando el día acababa:

- ¿Hay muchas vacas en el campo? preguntó Fred al cabo de un largo silencio.

- No, el ganado es bueno, respondió el cochero que había entendido mal la pregunta.

Ya no se entendía uno en este país, aunque hablase la misma lengua.

- ¿Y la gente?

- No hay.

- ¿Es eso una respuesta? ¿Había oído bien el cochero?

- ¿Es bonita la estancia a la que vamos? se aventuró a preguntar Antoine.

- Es bonita.

No insistimos más. Era todo lo que queríamos saber. "Era bonita", la respuesta del cochero, hecha con voz apagada, pareció inmovilizarse, luego disolverse en el aire crepuscular.

Por fin, hacia las seis de la tarde, llegaban a la estancia Desposoria. Distinguieron en la sombra, a través de los ladridos de los perros, dos modestas casitas en el campo. Luego otra, separada, un poco mayor. Parecían empequeñecidas, raidas por la inmensidad circundante. En torno a los viajeros, el campo se extendía,

completamente idéntico a todas las llanuras que habían atravesado desde los arrabales de Montevideo.

La diligencia aminoró la velocidad, se detuvo. Había que admitirlo: habían "llegado".

Un hombre, que debía ser Rodríguez, el capataz, se acercaba por delante del coche, pero Bigua miraba con una atención apasionada la puerta de la casa como si buscara a otra persona que hubiera debido encontrarse allí, en el umbral, esperando.

Ya era noche cerrada.

¡Qué hermosa le pareció a Bigua la aurora al día siguiente! Veía el campo en su verdad matinal, en su candor que resucita cada día, como si nunca ocurriera nada en el globo de los hombres, de las mujeres y de los niños.

El campo estaba cubierto por un rocío tan ligero que sólo podía estar allí de paso, lo veíamos con claridad.

Por algunos sitios, cerca de la casa en que Bigua había dormido, la hierba parecía tener un verde más oscuro, como si un poco de noche permaneciese aún allí rezagado.

Bigua entró en un hangar de chapa que servía de cuadra y que creía vacío. En la sombra, un caballo.

Presencia de un ser que movía obscuras orejas de terciopelo en un lugar en el que el hombre esperaba no encontrar nada vivo.

- Aquí, el caballo es alguien y os mira. Descuelga un freno colgado en la pared y lo sostiene en sus manos, lo examina durante un buen rato, como si lo viera con una enorme lupa.

Realidad, realidad del mundo que circunda totalmente al viajero que ha perdido lo mejor de sí mismo. En esta humilde cuadra, vuelve a establecer contacto con la gran familia de las cosas concretas. Las hay ganchudas, cortantes, puntiagudas, otras por las que la mano pasa

con suavidad. Bigua piensa en las que os llaman en voz bajita, como las plantas, algunos insectos, las ondulaciones de la llanura, las estrellas. Con grandes gritos, como el cielo azul, las que os tocan ligeramente en el hombro, y cuando uno se vuelve, no ve nada. Cosas del mundo, de distinto tamaño, pero en una sola fila, bien alineadas, un hombre os pasa revista. Demasiadas confesiones, demasiada turbación en sus ojos para que os mire hoy sin ruborizarse.

Bigua se toca con extrañeza las piernas y los brazos, como si le llegaran del fondo de los tiempos, ebrios aún del viaje.

Quiere librarse de su pesada carga de sueños. Está cansado de ser perturbado continuamente por todos esos movimientos del alma. Se sacude. Abandona la cuadra, camina a su alrededor, y mira unas pieles de cordero extendidas, con la lana por debajo, por medio de varillas de madera hincadas en el suelo. Pielés de distintos colores, según hayan sido arrancadas recientemente o no. Una de ellas, preferida del sol, brilla, en su púrpura sanguinolento. Y, muy cerca, millares de huellas: la pista de los corderos. Bigua se inclina sobre ella, para algún inventario obscuro.

Avanza hacia el rancho de los peones.

Eran humildes chozas de barro endurecido, con tejados de paja; el reborde de la puerta del capataz, pintado de rojo, con la anchura de una mano abierta. Ese rojo decolorado roseaba en cierto modo y se desconchaba por partes. El humo había ennegrecido la parte de arriba de la puerta. Salía un poco en este momento preciso.

Todo el mundo estaba en el campo, excepto la mujer de Rodríguez, esa voz que daba los buenos días en la sombra.

Se ve a los niños acercarse a Bigua, alegres, para anunciarle que a la sombra de los ranchos, un caballo y tres poneyes esperan. El coronel no había visto las monturas. Fue el capataz quien, antes de irse al campo, había pensado en poner las sillas a los animales.

¡A caballo! Nada comparable para tomar posesión de la realidad. Bigua disfrutaba de este galope en la llanura. ¡La hierba, el aire, el ganado le parecían tan llenos de naturalidad, de buen sentido! ¡Y qué razón tiene cada día el sol sobre los campos, en todos los puntos de su gran orbe!

Se encontraron con el capataz.

- Rodríguez, dijo Bigua, vamos a recorrer la finca y a comprobar con cuidado todas las cercas. Emplearemos todo el tiempo que sea preciso. tengo interés en que esta operación se realice con el máximo cuidado para que el ganado no pueda escapar.

- Si, Señor.

Durante todo el día, cabalgaron con los niños y un peón. A veces, Bigua tomaba notas.

- Cuarto prado frente a la laguna - Tercera alambrada por substituir.

- Segundo prado frente a la arboleda, añadir alambre de espinas a causa de la proximidad de los toros.

Hacia el mediodía, regresaron el coronel y los suyos tras haber dado un largo paseo por el campo. Los peones de la estancia sentados a la puerta del rancho les vieron acercarse, los peones, simpáticas caras delgadas y largas, entregadas a la solemnidad del desierto y que miraban a Bigua con una especie de compasión tórpemente testimoniada.

- Deben conocer "mis desgracias", pensaba Bigua, sin saber muy bien a que se refería esa expresión.

Diez perros les rodeaban, bastardos angulosos, corredores de las llanuras, en duro ajetreo; sus ojos tristes recordaban a los de los hombres: los mismos desvelos, la misma nostalgia, la misma miseria. esos perros casi nunca manifiestan alegría; en ellos, toda veleidad de felicidad es absorbida de inmediato por tanta aridez interior. Y se diría que ladran con una tos hueca de tísico.

Bigua entró en las habitaciones de los peones.

Un acre e indefinible olor a tristeza subía de la tierra endurecida que servía de suelo.

Olía también a cebolla, a cuero, a sebo.

Unas gallinas escaparon hacia una cuadra abandonada a la que daban las habitaciones. Ninguna mujer había entrado allí desde hacía muchos años o incluso nunca quizá.

Bigua se inquietaba por mil cosas. Aquí, hacía falta un colchón; allí, verdaderamente, aquel hombre estaba mal instalado y se abrirían ventanas lo antes posible. ¡Qué deslumbradoras tinieblas! Bigua decía para sí que muchos de esos hombres no conocían ni siquiera el poblado más cercano, a seis leguas de allí.

Ni una silla, ni un mueble, aparte de los catres de tijera. Ni una fotografía, ni una carta, ni un recuerdo, ni un proyecto. Para estas gentes, pasado, presente y futuro no formaban más que una masa miserable como ese saco de arena agujereado que fermenta en un rincón.

El recién llegado se informó del nombre de los peones, de sus salarios, dijo que serían aumentados a final de mes y que se haría lo necesario para su instalación.

Todos le escuchaban con seriedad.

Salió con Rodríguez a quien dió instrucciones sobre las compras que había que hacer.

Por la tarde, siguieron comprobando las cercas. Aún quedaban dos tercios por examinar.

Al amanecer del día siguiente, cuando Bigua buscaba un pañuelo en su maleta, descubrió una carta dirigida a él antes de su marcha de Montevideo y que había olvidado abrir. No la abrió hasta después, ya a caballo. Era una comunicación de su notario que era también su apoderado.

¡Le había parecido siempre tan enojoso todo lo que procedía de

ese hombre! Su corresponsal empezaba, como de costumbre, refiriéndose a sus cartas anteriores y se extrañaba de la poca atención que Bigua parecía brindarles.

- ¡Ah! es una más de esas historias de hipotecas, pensaba Bigua.

A medida que avanzaba en su lectura, lo entendía mejor.

- Esto es muy serio. Y si es así realmente....

- ¿Es cierto, pregunta a Rodríguez, que don Carlos Espalter es el nuevo propietario de esta estancia y que estará aquí dentro de unos días para tomar posesión?

- Sí, señor, es cierto, dice Rodríguez mirando al horizonte.

Ni siquiera se le ocurre a Bigua añadir:

- ¿Por qué no me habíais dicho nada de esto?

Con una mirada, dió las gracias al capataz.

Y pensó en sus peones que también habían guardado silencio.

Al cabo de un instante:

- ¿Piensa usted que nos podrían vender el caballo y los poneyes?

- Son míos, dijo Rodríguez que rogó a Bigua que los aceptara "como recuerdo".

Bigua acabó obligando al hombre a que se los dejara pagar. Tras lo cual, sólo le quedaban al coronel treinta piastras en la cartera.

Arruinado. Casi arruinado. Se ruborizaba de no saber si le quedaba alguna otra propiedad en el país. Hasta ese día se había conformado con vivir del dinero que le enviaba su banquero, sin preocuparse de donde le venía. ¿Cómo había podido ser negligente hasta ese punto?

Bigua, tan exacto, tan ordenado, para las cuentas de su familia y que en París siempre quería examinar él mismo el libro de la cocinera, lo que hacía con el mayor cuidado, Bigua que rehacía hasta diez veces las cuentas de fin de semana y fin de mes, no respondía

casi nunca a las cartas de su notario y había hipotecado su gran estancia con la misma naturalidad con que habría vendido unos bueyes.

Vamos, habrá que irse una vez más, habrá que coger ese cuerpo grandullón y desplazarlo. O mejor dicho, tendrá que tirar de sí mismo para salir de estos lugares y que esos tres niños le sigan.

Durante todo el día, acompañado de Rodríguez, se preocupa del estado de las cercas como si la estancia siguiera perteneciéndole.

Al día siguiente, el coronel hace sus preparativos de viaje. Aún no se ha atrevido a decir nada a los chicos: la mirada de Antoine le intimida.

El capataz viene hacia Bigua, sus ojos parecen decir: "Sin embargo no podemos dejar que se marchen así". Le gustaría hacer un regalo a Bigua, ofrecerle al menos un espectáculo, ya que no podía dar otra cosa, él, casi tan pobre como las vacas y los perros de la llanura.

- Podría ser divertido para los niños que vieran, antes de marchar, la recolección de plumas de avestruz, dice el capataz. ¿No le gustaría al coronel quedarse un día más con nosotros?

- ¡Se trata sólo de avestruces! pensaba Bigua.

Pero no podía hacer un feo a estas personas y aceptó de inmediato la invitación.

Se quedará allí ese último día más. Y, viendo que se va a alejar, Bigua retiene al capataz. Es totalmente imprescindible que Rodríguez le dé cierta información.

- Amigo, le dijo en voz baja, ¿no habrá visto usted pasar, por aquí, antes de nuestra llegada, a una joven francesa perdida por estos parajes?

- No, Señor, no. No la he visto, dijo el hombre, sin mostrar el mínimo asombro.

- Responde al nombre de Marcelle Herbin, creyó tener que añadir el inocente.

- No hemos visto a nadie.

Al día siguiente, los niños vinieron a buscar a Bigua para la recolección.

- Mirad con atención a este espectáculo, les dijo, pues pronto, partiremos hacia el norte. Tengo que ocuparme de un asunto allí.

Y designó un punto que se parecía a todos los demás puntos del horizonte.

- ¿Dónde es eso? preguntó uno de los gemelos.

Bigua no respondió.

Y como Jack y Fred parecían un tanto confusos, su padre adoptivo les dijo a ellos y a Antoine:

- Os he comprado poneys, los montareis para el viaje.

A lo lejos, endebles sombras se deslizan con gran rapidez y se confunden casi con la hierba. Rodríguez se las señala a los niños que al principio no las distinguían. Y Bigua discierne a las crecientes avestruces derribadas por los peones, reconducidas, a toda marcha, hacia la red en que se precipitan en desgarrada carrera.

Muchas se dan la vuelta y escapan entre los jinetes. Otras, abriendo y cerrando su pico angustiado, se lanzan contra la red que rompe su ímpetu y las lanza al suelo, patas arriba, en el torbellino de sus plumas. De nuevo se incorporan y saltan, con la mirada fija, describiendo con sus patas grandes ángulos siniestros.

Los peones que en un abrir y cerrar de ojos han atado a sus caballos y desmontado sus sillas, persiguen tórpemente a las avestruces, con los brazos entreabiertos. Grandes cuchillos, sesgados en la cintura, les cuelgan casi hasta las rodillas y dificultan sus movimientos. Antoine, Jack y Fred quieren seguirlos.

Bigua se lo impide. Rodríguez señala a un peón joven un macho espléndido, justo en el instante en que acaba de caer hacia atrás, abierto en penacho por la red. El hombre se acerca, pero el ave lo derriba de una patada.

- "Bicho diablo que no quiere dejar el poncho", dice Rodríguez.

El peón, sonriente a pesar de todo, se levanta rápidamente, agarra por fin a la avestruz de golpe, la voltea, aplasta sus rígidas patas con el pie, y a manos llenas, arranca las plumas vivas de sus alas y de su vientre coposo.

- ¿Qué puedo hacer por todas esas avestruces que me miran? Y todos esos hombres que son buenos, ¿cómo pueden asesinar así a esas aves tan reales? ¡Y para complacerme! ¡para honrarme, porque soy Philémon Bigua, ex coronel, convertido en miserable!

Bigua mira de cerca las aves inmovilizadas entre las piernas de los hombres y sin un hueco por el que sacar sus cabezas aplastadas. unas gotas de sangre enrojecen las alas destrozadas que se desnudan con rapidez bajo la humana tempestad. Se ve la carne delgada y la osamenta próxima.

Asiste a la recolección, arrastrado por el peso de la fatalidad. ¿Qué hubieran pensado estas gentes si les hubiera pedido que no continuaran?

Ningún lamento. Sólo se oye el ruido de las plumas arrancadas. Cerca de Bigua, liberan por fin a un avestruz que va a la deriva, con las alas vacías y el vientre en carne viva, salpicado de sangre.

Otros dos que han sufrido menos se apresuran, se alejan, buscando el equilibrio, en una especie de carrera al revés, detenida sin cesar.

Aquella no se puede levantar. Vemos como se dilata su garganta roja, sedienta de aire, en el fondo de su pico abierto hasta tal punto que parece romperse. Le empujan para darle ímpetu, pero vuelve

a caer. Lo abandonan. Ahí está, tumbado, tocando el suelo con todo su cuerpo enclenque, con las patas juntas, tijeras cuidadosamente cerradas por la muerte. Sus párpados grises sin más espesor que el de ligeros recuerdos, bajan, vuelven a subir, y lentamente recaen.

- ¿Marcelle has muerto tú también? piensa Bigua brúscamente.

La recolección ha terminado. Ya no queda nada vivo en la red, excepto unos avestruces jóvenes a los que no se desplumará hasta el próximo año.

Al atardecer, cuando Bigua está sentado delante de la casa que ya no le pertenece, un peón a caballo se acerca. Sostiene con cuidado algo que se parece a una flor extraña, a un enorme capullo de magnolia. Ya más cerca, Bigua se da cuenta de que el objeto que le tienden sin decir una palabra es un gran huevo de avestruz. Lo coge en sus manos que se ponen a temblar. El huevo pesa, y, por la noche, tiene la dulzura resplandeciente de una mirada, de un adiós.

Los niños quieren hincarle un alfiler.

- No lo toqueis, grita Bigua, espantado.

¡Dejad ese huevo tranquilo, apartaos!

¡Qué voz tan ronca y dolorosa, qué voz de fondo, fondo de la garganta!

El coronel, como si tuviera a Marcelle entre sus brazos, vuelve la cabeza diez veces para asegurarse de que nadie le mira y va a enterrar el huevo con esmero infinito. Pasa el pie suavemente, severamente, por encima de la tierra para allanar el pequeño montículo y para que nadie pueda nunca suponer que en este lugar...

Al amanecer el día siguiente, se marchan. Sólo son ya espaldas; cada vez más menudas, en el horizonte. El perro Pampa les sigue, el que habían adoptado durante su viaje a la estancia Desposoria. Poco a poco, esos campos, ese enorme conjunto de llanuras, todas esas briznas de hierba, todo ese cielo sobre los campos escapan de Bigua; a medida que avanza, se va sintiendo más desnudo. Hasta la montura que le sostiene deja de pertenecerle. ¿Va a desaparecer entre sus piernas de hombre? ¿Van a abandonarle también los niños? ¿Va a quedarse solo en el mundo, más solo de lo que nunca estuvo, con sus cuatro plumas de avestruz atadas a la montura, y su corazón cansado, furioso y triste por haberle acompañado y secundado en todo tipo de circunstancias, desde los primeros días?

Sólo le quedaba ya ese fuerte viento sobre la cara que le vapuleaba el pecho, ese "pampero" que casi no dejaba avanzar a los caballos y los azotaba con sus mil látigos.

Era quizá lo único de lo que podría decirse que existiera verdaderamente en la desnudez de la llanura, ese viento que buscaba con frenesí no se sabe que, detrás de la hierba, de los cardos y de las nubes, y maltrataba hasta el mismo horizonte porque tenía que

ser así, ¡porque tenía que ser así!

Bigua había dicho al capataz que poseía otra estancia más al norte. Se trataba de una finca de cuya propiedad no estaba ya muy seguro. ¿No la había vendido unos años atrás por mediación de su notario? Debía encontrarse a unas veinte leguas de allí, no lejos de Rivera. ¿Cómo se llamaba esa estancia? "Santa-Teresa", creía Bigua, sin estar muy seguro. No quería preguntárselo a nadie, contando con que algún azar le informaría.

¡Qué extraña familia se dirigía al norte! Bigua, de Tacuarembó, Antoine de la plaza de Laborde, Jack y Fred de un banco del zoo.

Sin duda, Bigua habría podido escribir a su madre, pedirle algún dinero.

Se conformó con decir que iban a "otra estancia". No debían inquietarse si pasaba mucho tiempo sin que recibieran noticias. Bigua que se proponía convertir a sus niños en hombres capaces de ganarse la vida, en verdaderos gauchos de América, iba a permanecer durante varias semanas lejos de las oficinas de correos y de las estaciones.

- Sí, así es mejor, se decía, en un arrebató. Voy a probar en la pobreza. En cuanto a Desposoria, mientras esté cerca de mi madre, estoy seguro de que no le faltará de nada.

¡Cuántas veces lo había despertado en mitad de la noche la miseria de los hombres para pedirle cuentas exactas! El lujo, el bienestar mismo, le habían molestado siempre. Sin duda, había aceptado vivir holgadamente, pero una corbata o un traje nuevos, el coche recién pintado que sale del taller de chapa y sobre todo el chófer que le abre la portezuela lo sumergían en vergüenzas breves pero violentas.

Sólo había querido tener siempre a su alrededor criados del campo americano, contentos de servirle, a quienes trataba

paternalmente.

A caballo, con trote ligero, pensaba ahora en la ociosidad de tanta gente, en todos los que hoy como ayer no tienen nada que hacer y se aburren y se miran las manos o el reloj y ven que aún les quedan dos horas que perder. En los que van a su banco, y nunca ocurre que el cajero les diga: "¿Realmente necesita usted todo esto?"

Iba a ganarse la vida. Durante más de diez años, desde que dejó el ejército, había vivido de sus rentas. Esta palabra le hería hoy más que nunca, a él, en la fuerza de la edad, a él que había buscado ni se sabe que extrañas ocupaciones para pasar el tiempo, para tener fuerzas para llegar del día a la noche y de la noche al día. ¿No había llegado a coser normalmente a máquina, a adoptar, a robar niños?

Ahora tendría cosas que hacer absolutamente necesarias, de una utilidad inmediata. Tendría que dar ejemplo a sus hijos.

- Vamos a hacer la verdadera, la dura vida de los gauchos, dijo a sus tres chicos. No nos confundamos con lo que se ve en los libros de aventuras o en el cine; será muy serio. Tengo grandes reveses de fortuna y he de confesaros que esta estancia que abandonamos ya no es mía. ¡Confío en vosotros, amigos míos!

Los niños le miraron con una expresión de verdadera gratitud y quizá unas pocas ganas de reír contenidas que Bigua creyó descubrir en sus ojos, permaneciendo el resto de la cara muy seria.

Los rasgos de Bigua se habían endurecido. Se daba cuenta de que necesitaba dar un ejemplo y, al encontrar un tatú, lo mató, y la sangre le salpicó sobre la manga. Ató el animal a la silla y se la veía balancearse de un lado para otro, obedeciendo a los movimientos del caballo, con la indiferencia de la muerte.

Bigua iba delante, poco orgulloso de su "ejemplo".

Por la noche, durmieron en una "tapera", rancho abandonado que tuvieron la fortuna de encontrar en su camino, al preferir Bigua no pedir hospitalidad a nadie.

Los niños fueron a buscar boñigos secos, y un poco de leña, para encender fuefo. Tuvieron que retirar las zarzas y las espinas antes de sentarse en el suelo duro, seco, polvoriento. Asaron un poco de carne que habían traído. Después de la comida ligera, mientras el fuego se apagaba, Antoine miraba a escondidas a Bigua. El niño se sentía a gusto a su lado, y sin embargo, alejado por el misterio de la edad, por esos treinta años de diferencia, escalera de altos peldaños, que no conseguía subir hasta el final.

Había preguntas que quería hacer. Otras aún no eran más que obscuridades cuyas fronteras se iban delimitando poco a poco y se convertirían un día en verdaderas preguntas.

En esta vida nueva que empezaba, las reelecciones de Antoine con su padre adoptivo adquirirían de nuevo la extrañeza de los primeros días.

Bajo la influencia de la noche, de la pobreza y de la soledad, Bigua experimentaba también la necesidad de un confidente y sentía reanimarse en su interior el cálido afecto por su hijo adoptivo.

- Claro que sí, es hijo mío, pensaba.

Fred y Jack dormían ya sobre sus sillas de montar y las pieles de cordero les cubrían. Entre Antoine y su padre a quienes el perro Pampa miraba alternativamente, se establecía un "diálogo interior", mudo y torpe, que tenía un carácter sobrenatural:

- ¿Y a mi madre, mi madre verdadera, la única que cuenta para mí, la que está muerta, sabes que la quiero aún más que a tí?

- Hijo mío, no te preocupes.

- Y tú, que estás ahí, frente a mí, dime ¿que va a ser de mí?
¿Adonde vamos de esta manera?

- Cuido de tí. De todos mis muchachos, es a tí a quien más quiero, porque eres el más capaz de sufrimiento.

- ¿Y por qué me arrancaste un día de las manos de mi criada, en Paris, Boulevard Haussmann? No era desdichado en mi casa.

Bigua bajó la cabeza y no respondió de inmediato a la pregunta. No la había comprendido del todo. Pensaba que el niño había olvidado el rapto. Y lentamente, pensó, a modo de respuesta:

- ¡Ah! ¡perdóname! necesitaba a un pequeño ser de mi casta, a un niño bien educado para encontrarme un poco menos solo en el mundo y hacer de él mi verdadero hijo. Este rapto habrá sido para mí como una toma de conciencia*. Lo necesitaba para demostrarme a mí mismo que... estaba vivo.

El niño no entendió nada de esta silenciosa y confusa respuesta. Era demasiado complicada. Bigua lo presintió y su mirada, que iluminaba aún un poco de boñiga, se limitó a añadir:

- ¡Confía en tu padre, amigo mío, confía. Y duerme! Dormid ojos interrogadores. Duerme boquita siempre hambrienta.

- Buenas noches, Antoine, dijo el coronel en alta voz.

- Buenas noches, padre.

El suelo estaba duro bajo el cuerpo de los viajeros que se tumbaban para dormir.

* N.A. (Encontrarán quizá sorprendente que Bigua utilice esta expresión sacada del vocabulario filosófico. El coronel no la conoció durante mucho tiempo, habiéndola visto impresa por primera vez en Montevideo, unas semanas antes, en una lectura casual.

Al día siguiente, entre dos cardos altos y secos, totalmente idénticos a los que había vismo miles de veces, Antoine se atrevió a decir:

- Dime, padre. ¿Sabes realmente adónde vamos?

Bigua quedó perplejo:

- Claro que sí, pequeño. ¿Cómo lo puedes dudar? Vamos a una estancia cuyo nombre me temo que he olvidado, pero sé que existe, y que allí seremos felices. Está a unas leguas de Rivera, cerca de la frontera brasileña.

- ¿Estás seguro de que es tuya? preguntó Antoine, como la misma voz de la conciencia.

- No, amigo mío, no estoy totalmente seguro.

- No tiene importancia, dijo Antoine, bastante orgulloso, a pesar del embarazoso momento, él que no tenía más que doce años, de tranquilizar a Bigua y a su gran estatura. Podemos trabajar en cualquier sitio.

- Desde mañana buscaremos empleo en una estancia.

Sin embargo Bigua palpaba en su bolsillo las últimas veinte piastras que le quedaban.

Y se les ve llegar a una propiedad. De lejos, vieron una casa bastante bonita pintada de rosa y rodeada totalmente de parras. Y delante, un pozo, el brocal.

El perro Pampa continuaba siguiéndoles.

Y los perros de la estancia no paraban de ladrar.

- ¡Calláos, perros, Silencio!

- Señor, ¿he oído decir que necesitaban un peón aquí? ¿Es cierto?

- Sí

- Vengo a ofrecerme. Conozco las labores del campo.

- Ya no es usted muy joven.

- Tengo cuarenta y cinco años. Pero si tiene usted un caballo sin domar, démelo. Verá usted si conozco mi oficio.

- ¿Y éstos?

- Son mis hijos. Respondo de ellos.

- Pero hombre de Dios, ¿qué quiere usted que haga yo con tres niños tan jóvenes?

- Trabajan también. Son valientes.

Ofrecieron a Bigua una piastra al día por él y los niños.

- No trabajamos por menos de piastra y media, dijo Bigua con severidad.

Antoine, Jack y Fred, llenos de admiración, miran al coronel. Uno está delante, los otros dos detrás de él. Lo rodean con su fascinación.

- No le necesitamos, dijo el dueño.

Y vemos a Bigua que vuelve a montar a caballo, seguido por sus tres hijos.

Le invitan a pasar allí la noche.

Bigua no acepta.

Durmieron bajo las estrellas, estrellas severas que se obstinan en no quererse mezclar en asuntos humanos.

Al día siguiente, se presentaron en otra estancia.

Al verlo llegar, con sus canas, quisieron coger a Bigua como cocinero del lugar. Bigua, más ofendido que el día anterior, se negó a ello, y emprendió de nuevo la marcha.

Cuando se alejaba, Jack y Fred se escondieron para reír a sus anchas. ¡Bigua cocinero! Esta idea les parecía enormemente divertida.

Antoine se acercó a ellos.

- Imbéciles, puñado de imbéciles, les dijo. Os estáis riendo como idiotas. ¿No os parece que ya tiene bastantes problemas?

Los gemelos se callaron.

El perro continuaba siguiéndoles, y a menudo, miraba al grupo interrogante, como si, cada vez, quisiera saber más sobre lo que acababa de ocurrir u ocurriría en el futuro.

Antes de abandonar la estancia, en un "puesto", compraron algo de carne y "galleta" para la cena.

- No compres demasiado, padre, dijo Antoine, que desconfiaba del sentido práctico de Bigua. (Hablabá en voz bajita para que no le oyeran ni Jack ni Fred.) Mañana, quizá necesitemos comprar de nuevo.

Bigua se volvió hacia Antoine:

- No temas, pequeño, dijo, en un murmullo de complicidad.

Ya estaba envuelta la carne cuando Bigua dijo al comerciante:

- Pero, en realidad, no necesitamos todo esto. Bastará con la mitad.

Bigua se daba cuenta de que Antoine sabía a veces mejor que él mismo, lo que convenía hacer. Un día sería substituido en este mundo ventajosamente.

Iban a llegar pronto a una barrera y los niños salieron disparados a toda velocidad, pues todos querían abrirla antes de que pasara Bigua.

Bigua pasó.

Ahí están ahora los cuatro en el ancho camino. ¿A qué mujeres, humanas o no, van a confiarse esta noche?

Camino de América, ¿Adónde vais así en vuestro gran mutismo? Y ese gran caballo bayo de Bigua y esos tres poneys, ¿adónde van?

No le quedaban al antiguo coronel más que dos piastras en el bolsillo derecho del pantalón y -última reserva- una sola en el bolsillo de su revólver. Pensaba en el padre de Marcelle el día en que éste le había seguido por la calle. Se acordaba de los favores pecuniarios que había brindado al regente de imprenta. Le parecía

todo muy descolorido por el tiempo y los espacios que le separaban de Francia.

El coronel no se atreve aún a ir a esa estancia Santa-Teresa de la que sigue sin saber nada. Y no quiere preguntar nada a su hombre de negocios.

Antoine, desde hace unos instantes, intenta separarse de los gemelos. Tuerce un poco a la derecha, luego a la izquierda, pero Jack y Fred le siguen. Y es que el niño de la plaza de Laborde tiene algo que decir a Bigua a solas. Se le ha ocurrido una idea.

Por fin, en un tono ligeramente autoritario, dice a sus hermanos:

- Seguid, vosotros dos. Tengo que hablar a padre.

Luego, a Bigua:

- Padre, y si en vez de presentarte como peón, pidieras un puesto de capataz.

Un silencio.

- ¡Oh! ya veré, dijo Bigua.

Y pensó:

- Esta idea tan sencilla no se me habría ocurrido.

Llamó a Jack y a Fred y les dijo a los tres:

- Prohibido terminantemente decir de donde venimos. Ni quien soy. ¿Me entendéis? Es muy importante, sin esto no lograré encontrar un empleo.

Llegaron, no lejos de la frontera brasileña (pero ninguno de ellos sabía que Brasil, el inmenso Brasil estuviera tan cerca, ninguna señal indicadora, ninguna mención de pueblo ni de propiedad desde la salida de la estancia Desposoria); llegaron a una estancia, a varias horas a caballo de la estación más próxima.

La propietaria, una belga, viuda, gruesa, pelirroja, que no estaba lejos de los cuarenta, con el mate en la mano como una

criolla, se hallaba en un bosque de eucaliptus, detrás de una casa y tres o cuatro ranchos.

Bigua, iluminado por una súbita inspiración, le dijo en francés:

- Señora, ¿no necesitaría usted personal, un capataz? Queremos trabajar duro estos jóvenes y yo.

- ¿Y de dónde salen así? dijo la mujer impasible. ¿Qué referencias traen?

Entonces, sin saber como, Bigua confesó lo que se proponía ocultar:

- Señora, hemos sufridoreveses de fortuna, mis hijos y yo, y le diré mi verdadero nombre de buen grado rogándole haga de ello es secreto más absoluto: coronel Philemon Bigua. Aquí están mis documentos. He vivido en el campo durante largos años y sé dirigir las faenas de una estancia.

- Entren, dijo la belga.

El aspecto de Bigua, la presencia de esos niños, el ambiente de honradez que se desprendía del extraño grupito y la rodeaba, la habían afianzado casi inmediatamente.

- ¿Y dónde ha aprendido usted francés?

- ¡Oh! hemos vivido en Paris por negocios, durante cierto tiempo. Hace mucho tiempo que me retiré del ejército.

- Pasarán aquí la noche de todos modos. Mañana le daré una respuesta.

- IV -

Esa misma noche, Bigua se enteró por los peones de que el capataz de la estancia se había marchado poco tiempo atrás y, al día siguiente, la belga hizo llamar al coronel.

- Tengo ganado "orejano"* que acabo de comprar en Brasil. ¿Podría usted dirigir la operación de la marca?

- Yo mismo marcaré, dijo Bigua, ante los ojos desorbitados de sus tres muchachos.

- Bueno, les cojo a todos de prueba, a usted y a los niños. Le ayudarán.

Bigua estaba encantado. El puesto le parecía muy serio.

Durante los días que siguieron, temió siempre no hacer lo suficiente y ensillaba él mismo su caballo. Era él quien a menudo traía a toda velocidad al toro o al ternero escapados del ganado en marcha. También solía arrancar la piel de los animales muertos, trabajo al que se había acostumbrado desde su adolescencia.

- Deberías hacer que te ensillara el caballo un peón o uno de nosotros, le dijo un día Antoine. Y no hacer tú mismo todo ese trabajo. ¡Date un poco de importancia!

* N.A. ("orejano"- ganado semisalvaje)

Bigua fingió no haber oído nada. No podía permitir que Antoine llegara a acostumbrarse a darle consejos continuamente.

A veces, antes del amanecer, cuando aún no estaba despierto del todo, Bigua se decía en una especie de sueño a medias, como en otros tiempos:

- ¡Bueno, se pagará lo que sea necesario! A mí qué más me da.

Luego, cambiando de opinión, se avergonzaba de su falta de memoria.

- Soy pobre como una nube, pensaba.

Se levantaba bruscamente. Fuera, un día más nacía en la pampa, día que empujaba a los sueños hasta sus respectivas lejanías.

Había que vestirse y trabajar en el campo. Y despertar ya a esos tres niños que no habían dormido lo suficiente.

Pensaba en las vacas a las que amaba religiosamente, porque le recordaban sus años jóvenes. Le parecía que ellas lo reconocían y no lo perdían de vista cuando recorría el campo al galope. ¡Y pronto habría que marcarlas, una por una. En condiciones absolutamente primitivas, con hierro candente!

El día terrible llegó. De lejos, Bigua lo había oído acercarse.

Un hombre, cuyos anchos pantalones alzados hasta las rodillas, dejaban ver calzones rosa decolorados, metía en la grasa y luego en las brasas la extremidad de la barra de hierro con una figura en relieve: la marca. A continuación, pasaba la barra a Bigua.

- Adelante, no se trata de titubear. Le toca a ese buey gris y no a un animal cualquiera o hipotético. Se trata de ése que tienes delante de tí y que podrías acariciar inclinándote un poco.

El buey, con el muslo quemado, salió, aterrado, de su entorpecimiento y mugió.

- ¡A otro! ¡a otro! pensaba Bigua, aunque la viuda Boërmans, sentada en un sillón de jardín, hacía punto a cierta distancia,

echando un vistazo de vez en cuando a los animales que Bigua marcaba.

Una vaca joven y polvorienta forcejeaba con furia, exponiéndose a romperse las patas contra las maderas del estrecho pasadizo en el que estaba encerrada con algunos animales más.

- ¡Este animal indómito no ha visto nunca a un hombre tan cerca. Y yo he abandonado Paris para hacerle comprender lo que es el fuego!

La vaca, bajo el hierro candente, se estiró en una última esperanza, como si hubiera querido partirse en dos, salvar al menos la parte anterior de su cuerpo. ¡Qué mugido! Y vuelve a verse entera en torno a una misma quemadura. Abren la barrera del extremo del pasadizo. Un latigazo: el animal salta, volviendo varias veces la cabeza espantada, a derecha e izquierda, dando sacudidas y deteniéndose rápidamente ante la presencia del ganado ya marcado.

Ahora le toca a un toro muy joven que ha logrado darse la vuelta tras varios minutos de ciega batalla contra las paredes del pasadizo. Quiere huir por el lado por el que entró, pero choca contra gruesas maderas, y cae. Ya en el suelo, Bigua, con tranquilidad suprema, le quema el muslo.

El pasadizo está vacío. De nuevo, hacen que entre ganado que se abalanza, empujado por los peones, cae patas arriba, se amontona.

Un viejo toro negro y blanco, de cuernos ámpliamente abiertos, les domina. En sus ojos fijos, le aparece una gran llama, en línea recta, del fondo de su juventud. A su alrededor, sacudidas, espera, espera, espera, patadas y cornadas contra las paredes del pasadizo. Calor de los animales cuerpo contra cuerpo. Toscos costados, hocicos, resuellos y ubres, pieles, muslos manchados. Rabos, balancines angustiados. Baba que cuelga. Resuellos, hocicos.

Bigua se ocupa de una baquilla agitada, de costillas

prominentes. Sí, ha de habérselas con ella. Y ocurre que la marca no queda clara, según opinión de todos. Hay que volverla a hacer. ¡Esta vez sí que es grande! Olor de pelo y carne quemados. El animal desfallece al salir del pasadizo infernal.

¡Bigua, eso no es asunto tuyo! ¿Quieres dejar de mirar!

Un peón retuerce el rabo de la vaca en sus manos morenas, con todas sus fuerzas. Le da el empujón que la hará levantarse. Se levanta a duras penas y se queda allí, alelada, con el cuello caído y los párpados de plomo.

El marcador encuentra la mirada de Antoine, frente a él, al otro lado del pasadizo. Nunca admiró tanto el niño a su padre. Observa todos los gestos de Bigua y adivina, una por una, todas sus emociones.

El viejo toro blanco y negro se ha quedado solo en el pasadizo. Con su cabeza altanera y sus amplios cuernos, tiene aires de toro sagrado y parece no haber entendido nada de lo se ha hecho hasta ese momento. Sus ojos distraídos dicen que todo eso no la atañe. Sólo se preocupa de algunas moscas que le pican y las ahuyenta con su rabo, severo.

Un peón explica a Bigua que deberían aprovechar la ocasión para castrar al toro. Es demasiado viejo ya para tener una descendencia útil. Y ya, un joven italiano, especializado en este trabajo, aguza su largo cuchillo y su sonrisa.

Para inmovilizar al animal, le sujetarán el cuello en una especie de collar. ¿Pero qué hacer con esos cuernos, demasiado grandes? Los van a serrar. De uno de ellos, cortado muy bajo, brota un hilillo de sangre. Por fin, la cabeza del toro está bien sujeta. Y casi inmediatamente, a una velocidad de espanto, el vientre ensangrentado.

Fue Bigua, el que, viendo que el peón no acababa nunca de

afilar su cuchillo, se lo había arrancado de las manos, y, él mismo, de una sola vez

La Boërmans se había acercado hacía unos instantes. Había en sus labios y en sus ojos una sonrisa salvaje que Bigua nunca le había visto.

- Es usted infatigable, coronel, le dijo.

En el crepúsculo, mugidos, por centenares, de animales marcados y de los demás, que esperaban su turno, formaban, bajo el cielo que empezaba a llenarse de estrellas, un velo continuamente desgarrado y renaciente de dolor animal, dolor bárbaro y ya monótono.

Después de cenar, como Bigua se sentía inquieto y sin sueño, se fue a dar un paseo por el campo antes de acostarse.

La tierra, tensa todo el día bajo el calor, como las cuerdas de un violín, se relajaba un poco en el frescor nocturno.

A lo lejos, mugiendo entre una infinidad de luciérnagas, algunas vacas buscaban aún a sus terneros, perdidos en el desorden de la marca.

Tranquilizado un poco por la paz de las estrellas, Bigua, al cabo de una hora de marcha, regresó a las tinieblas de su habitación, cuya puerta se había quedado abierta de par en par.

Desde el umbral, notó un perfume de rosas ampliamente extendido... (Un vendedor ambulante, un turco, había pasado unos días antes por la estancia.)

Arrullos en la cama. En ella se movía una forma humana. Bigua dió un paso atrás e, ingénuamente, llevó su mano al revólver.

- ¡Cariño!, dijo una voz, la única voz de mujer en dos leguas a la redonda. ¡Si supieras con qué ganas te esperaba!

- ¿Qué está haciendo ahí esa mujer? pensó Bigua que, por inverosímil que parezca, seguía sin comprender que querían de él.

- ¡Oh! ¡ha venido a buscarme a mi cama! se dijo por fin.

Cuántas veces no habría pensado, durante su adolescencia, que sería un placer encontrar a una mujer en su cama, al volver a casa. Y ahora le ocurría con su jefa, esa burguesa de cuarenta años, colorada, siempre mal peinada y de la que nunca se le habría ocurrido suponer que pensara en el amor.

Sin duda, era la voz de Boërmans la que se oía de nuevo:

- ¡Ah! ¡haciéndose de rogar, coronel, con su pobrecita jefa!

Bigua empezaba a desnudarse. Se oyó el choque ligero de su revólver contra la mesa.

Había oído decir que a menudo, en el campo americano, los gestos del amor se son precedidos por palabras ni miradas. Mas cómo habría de suponer que precisamente esa noche, esa noche de hierro candente y de luciérnagas...

Comprendía por qué la Boërmans había mandado traer de la ciudad catres de tijera nuevos para él y los niños y había dado a estos una caja inmensa de galletitas María.

Esta mujer los había acogido muy bien, a él y a los suyos, cuando nadie les hacía ningún caso -eso no podía olvidarlo.

Sin haber pronunciado una sola palabra desde que entró en su habitación, tomó a la mujer en sus brazos con decisión. Sus ojos le ardían como si fuera a llorar. Sentía entre él y la Boërmans a su propia voluntad como a una intrusa, deforme, concienzuda, abstracta. ¡Y su gratitud! ¡Y este olor de agua de rosas para morirse, para vomitar! ¡Ah! ¡eso le fastidiaba más que todo lo demás!

Y la mujer dijo:

- Mañana se levantará a la hora que quiera, cariñito. Lo ha debido pasar mal con todos esos animales, esta tarde, coronel. ¡Con estos calores! ¡Se toma usted demasiado en serio su trabajo. Permítase alguna alegría. La vida, el amor, no tiene por qué ser todo tan serio!

Bigua pensó:

- ¿Quién le ha enseñado a decir esas cosas? ¿Quién se las sopla para que yo las oiga?

La Boërmans volvió a su habitación donde durmió profundamente satisfecha.

Antes del alba, Bigua que no había cerrado los ojos ni un minuto, se levantó lleno de vergüenza. Nunca más se expondría a la mirada de esa mujer.

Despertó a los niños.

- ¡Callad! Nos marchamos. ¡No hagais ruido!

- ¿Pero por qué? ¿por qué? dijo Antoine. ¿Qué ocurre? Estamos bien aquí. No encontrarás un lugar mejor. ¿Por qué hemos de ir de nuevo a vagabundear por los caminos?

Aún quedaban muchas galletitas María. Los niños querían llevárselas. Se las habían dado. Su padre, afligido, intentó impedirselo. No obstante, los chicos llenaron bien sus bolsillos y Bigua les oía comer mientras se vestían.

A una legua de la estancia, se encontraron con un peón que había pasado la noche en una propiedad vecina. El peón no preguntó nada, no se extrañó de nada.

- Nos marchamos, dijo Bigua. Adiós.

- Adiós

El hombre se alejó del pequeño grupo. Y la distancia entre ellos se hizo pronto tan grande que se confundió con la propia inmensidad de la pampa de ojos cerrados.

Desde su marcha de Montevideo, Bigua sólo había enviado a su mujer y a su madre noticias imprecisas. Y en principio, le repugnaba tener que confesar a los suyos que la estancia Desposoria ya no le pertenecía. Seguiría incluso evitando hablar de ello. ¡Como si no hubiera de acabar por saberse!

La incertidumbre del mañana, su alejamiento de toda población, le quitaban las ganas, la posibilidad misma de escribir. Sentía que se estaba convirtiendo en un nómada, sin domicilio fijo, -y viajando con muy poco equipaje.

¿Qué tenían en común ahora, él y sus hijos, con esas mujeres que vivían al modo burgués, con sus muebles, en el corazón de una ciudad surcada de railes de tranvía y famosa por sus guapas mujeres, su lujo, sus pastelerías?

- Lejos de los hombres, vivir lejos de los hombres de ciudad, se decía Bigua, morder de tu galleta de hierro, soledad.

Los pocos gauchos encontrados en los caminos, los animales del campo no contaban con su deseo de aislamiento. Formaban parte integrante del campo americano, de su mutismo, de su gran cuerpo ciego.

Escribió a Misia Cayetana y a Desposoria diciéndoles que se marchaba de nuevo con los niños en viaje de negocios y rogó que le enviaran la correspondencia a Rivera, a lista de correos. A unas leguas de esa ciudad se aproximaban a la estancia Santa-Teresa, de la que quizá seguía siendo el propietario.

El hombre no les confió el secreto y les dejó creer que iban simplemente a buscar trabajo.

Ante el avance de los caballos, el rancho crecía.

¡Por fin, Bigua lo va a saber! Esta tierra, es hermosa, quizá le pertenezca. El sentimiento de la propiedad que le es normalmente tan extraño, conmueve ahora al vagabundo con violencia.

Hasta el último momento, no ha querido preguntar nada a nadie y ahora encuentra estúpido no haberlo hecho. Hubiera sido tan sencillo abrir la boca, pronunciar simples palabras humanas, hacer la "pregunta".

Y sigue avanzando.

Bigua se avergüenza de dar tanta importancia a la posesión de esa tierra. Si no es de él, ¡mala suerte! Encontrará trabajo. Se siente fuerte. Los niños gozan de buena salud.

Entonces, con muchanaturalidad, después de haber saludado, pregunta, con el sombrero en la mano, a una mujer que estaba cosiendo en el rancho:

- ¿Me haría usted el favor de decirme a quien pertenece esta estancia?

- A la viuda del coronel Philémon Bigua. ¡Que en paz descanse!

- Soy Bigua, dijo el hombre, con humildad.

- ¡Oh! ¡Señor! Mil perdones. Había oído decir que había muerto en el mar. Estamos tan lejos de todo, aquí, en este rincón perdido.

- Y estos son mis hijos, dijo Bigua, con una hermosa voz grave de vivo.

Tras esos árduos días de fatiga, aquel pedazo de tierra se
había entregado a él, como por voluntad propia.

Lleva tres semanas instalado en su estancia con sus hijos. Es una pequeña granja de la que no podrá sacar muchos beneficios, incluso ocupándose de ella personalmente. Y como esto es todo lo que tiene, forzosamente tendrá que renunciar a Montevideo y vivir aquí, modestamente, con sus hijos.

Es un día absolutamente abrumador. El viento del norte, tórrido y agitado, sopla ciegamente. ¡Y Bigua que quiere ir a Rivera a las dos de la tarde! Si, ve con claridad que debe ir allí forzosamente. ¿Por qué? No sabe exactamente la razón. pero es urgente. Eso si lo sabe. Tiene que marchar inmediatamente.

¡Con ese sol! Cuando los tres peones duermen la siesta. Está tan nervioso que va él mismo a buscarse un caballo en la hoguera de la pampa.

Al volver, hace saber sus intenciones a Silva, el capataz. Encuentra este pobre pretexto: "Comprar en la ciudad remedios contra la sarna de los corderos." Ahora bien, la habían cogido muy pocos animales. Y podían de sobra esperar varios días.

Bigua ruega a Silva que lo acompañe. Pide también a Antoine que venga. Los gemelos suplican entonces que los lleve. Bigua acepta. Para los niños será un verdadero espectáculo volver a ver casas,

algunas calles, personas caminando.

En Rivera, el coronel empieza por comprar medicinas para sus corderos. Luego, confía sus hijos a Silva. Se reunirá con ellos en el hotel, único en la ciudad, para cenar.

Son cerca de las siete. bigua se sumerge en las calles, "para ver". ¿Le va a engañar ese fuerte presentimiento? Y además, ¿qué busca? ¡No hablemos de eso! No quiere saberlo. Se niega a limitar sus pesquisas en tal o cual sentido. Recorre toda la ciudad, entra en tiendas, en cafés, con su mirada ardiente. Y no ve nada. Nada en absoluto salvo seres que le son tan indiferentes como sacos de cereales.

Duerme en el hotel, en una habitación de dos camas, con Silva. En una habitación que se comunica, se encuentran Antoine y los gemelos.

Eran habitaciones grandes para tres o cuatro viajeros. Ambiente cargado, palanganas desportilladas, mosquitos aplastados en las paredes, otros aún volando, bombillas eléctricas pintadas de rojo. Luz dudosa, y un calor espeso, instalado en las habitaciones, muy decidido a no abandonarlas, ni siquiera por la noche. Las puertas cerraban mal y, a menudo, el pomo se le quedaba a uno en la mano.

Se oían al mismo tiempo los ruidos de la cocina, del hall, de las habitaciones, del pasillo y de la calle.

Jack y Fred se habían dormido. Antoine, enervado por el calor y los mosquitos, no había estado nunca tan despierto.

En una habitación contigua, el niño oyó una voz, un ruido de cubiertos. Unas personas comían en su habitación, a las nueve de la noche.

Luego, de nuevo la misma voz, joven, clara, cierta, absoluta. ¡Qué bien la conocía!

El niño, bajo la sábana, temblaba de alegría. ¡Esa voz, esa voz!

Si embargo, de la otra habitación, llegaban las voces graves de Bigua y de Silva que hablaban lentamente de un rebaño de bueyes jóvenes que el capataz había visto por la tarde y del interés que habría en vender pronto algún ganado.

Antoine se había levantado, en camisa, descalzo, pálido como su madre, para ir a anunciar a su padre adoptivo que Marcelle estaba allí.

Empuja la puerta.

- Ve a acostarte enseguida, dijo con dureza la voz paterna. ¡Vas a coger frío!

El niño, molesto, tragándose el secreto, vuelve a la cama, y muerde largamente la almohada entre sus lágrimas.

¡Marcelle está ahí y este hombre no quiere ni saberlo!

Al fin, se calma, y vuelve a escuchar.

A veces, oye con tanta claridad las voces de ambos lados de su habitación que le sorprende que Marcelle no esté hablando con Bigua, ni Bigua con Marcelle.

¿Va a insistir, se va a acercar a la cama de Bigua a decirle al oído que la joven está allí? No, se callará. Apenas se atreve a hablar de Marcelle. Ha necesitado mucho valor, hace un momento. ¡No dirá nada, ni una palabra!

En la habitación del coronel, las voces se extinguen.

Antoine oye los pies descalzos de su padre por el entarimado. ¿Qué va a pasar? ¿Un trueno, y la huida de Marcelle perseguida? No, Bigua que oye mejor sin duda sus voces interiores que los ruidos del exterior, no ha debido notar nada anormal. Va simplemente a cerrar la puerta que comunica las dos habitaciones. No puede dormir con esa puerta entreabierta. ¡Oh! ¡qué mal cierra! Tiene que hacer dos o

tres intentos.

- ¡Qué ganas de levantarse a cerrar la puerta estando a 35 grados! piensa Antoine enfadado.

Nunca la había tomado con Bigua de esta forma. ¡Qué viejo le parece, este hombre de cuarenta y cinco años. Y qué contento está el niño de que no le oyera hace un instante!

- ¡Viejo y maniaco! ¿Por qué ha de estar siempre mirando, fisgando, husmeando a la juventud? ¡Que nos deje tranquilos, con su mirada triste! ¿Qué ha venido a hacer en nuestra vida este tío larguirucho? ¡Desaparece, Bigua, desaparece!

La conversación de los jóvenes prosigue y Antoine no se pierde una palabra.

Le vienen ganas de deslizar un papel por debajo de la puerta de Marcelle: "¡Marchaos rápidamente! ¡Bigua está aquí! Firmado: Un amigo."

No, no hará nada. Quiere saber qué pasará. Una inmensa curiosidad mantiene sus ojos abiertos como platos en la obscuridad.

La voz de Marcelle:

- Hemos hecho bien no pidiéndole autorización para casarnos. ¡Es tan raro! ¡Podría no habérmola dado! Te habría reprochado que me hubieras secuestrado, secuestrado sin su autorización, del convento en el que Misia Cayetana me había internado. Fue por mi bien. Y yo me dejé hacer porque pensaba que me había convertido en una niña muy buena. (Se puso a reír ligeramente, como en un sueño.)

- ¡Debe de ser un tipo curioso, realmente, ese Bigua! dijo el desconocido, que hablaba francés con un fuerte acento español.

- ¡Oh! amor mío, no hables mal del coronel Philemon Bigua. Para mí será siempre un gran amigo maravilloso, replicó enérgicamente Marcelle.

- Esta vez, lo ha debido oír, pensaba Antoine. ¡No es posible

que no lo haya oído!

La voz era demasiado cálida y bien timbrada para no atravesar esos tabiques, esas delgadas puertas que cerraban mal. Se podría decir incluso que esa voz deseaba profundamente ser percibida por Bigua.

Nadie se movió en la habitación del coronel.

Se oyó a la camarera que venía a retirar los servicios de comida de la habitación de Marcelle. Era una mestiza gorda, que arrastraba sus chanclas por el entarimado.

- ¿Han tenido tiempo para visitar la ciudad? preguntó.

- Si, llegamos a las tres de la tarde, dijo el hombre. Pero media hora después ya estábamos en el hotel.

- Cierto es que no hay gran cosa que ver, sobre todo con estos calores.

Cada vez que hacían ruido en el hotel, la puerta que separaba a Marcelle de Antoine temblaba. ¿Se iba a abrir sola esa puerta? Las voces callaron un instante. Los mosquitos seguían rondando en torno a la cabeza de Antoine.

- ¡Oh! parece que han cerrado una caja. ¿Quizá una maleta? se decía Antoine. ¿Se va a marchar ya? ¿Voy a dejar que Marcelle se marche así?

El tren para Brasil pasaba a las 22 horas y un minuto.

Y lo cogieron.

Bigua, coronel Bigua, ¿No había oído usted nada por fin?

- VII -

Al día siguiente, por el camino de regreso a la estancia, Antoine se sentía crecido por su secreto. ¿Lo revelaría alguna vez?

Aunque el enfado del niño se hubiese esfumado completamente durante el sueño, seguía teniendo la impresión de que "este asunto de marcelle" no concernía en absoluto a su padre adoptivo. No le diría nada de lo que sabía. Montado en un caballo que Bigua le había dado al día siguiente de su llegada a la estancia Santa-Teresa, Antoine galopaba bastante lejos de Jack y Fred. Los gemelos, en sus poneys, le parecían ahora más niños que nunca. ¡Y esa forma de dormirse, apenas acostados, y no haber oído siquiera la voz de Marcelle!

Bigua volvía, amargado y apenado por su fuga a Rivera. ¿Fue allí simplemente para engañarse a sí mismo con esta siniestra comedia? Marcelle, sí, claro que era ella, y él la había oído perfectamente. ¿Y cuándo no habría reconocido él su voz, aunque tuviera que atravesar todas las puertas del cielo y del infierno? Y fue para no seguir oyendo esa voz por lo que había intentado cerrar la puerta que le separaba de la habitación de Antoine.

- ¿Y todo esto qué significa? Sé que está en la habitación de

al lado. Huye con un hombre. Yo soy su tutor. Y no rechisto. ¡Y Antoine que se acerca en camisa, al umbral de la puerta, con esa gran noticia en los ojos!

Empujado por el demonio de la clarividencia, de la clarividencia hasta cierto punto, Bigua llamó a su hijo y le dijo en voz baja:

- Mira, Antoine. Te hablé con un poco de dureza ayer cuando saliste de tu cama para venir hacia mí. Temía que cogieras frío

- No, padre, dijo el niño poniéndose colorado.

- ¡Habías oído quizá algo insólito?

- No, padre, dijo Antoine, con una precipitación y una energía que avergonzó a Bigua.

¿Por qué obligaba al niño a mentir?

Antoine se alejó.

- ¡Que un poco de paz descienda sobre mí! se dijo Bigua. ¡Que un poco de paz se pose al fin en mi corazón como el plumaje de un pájaro!

Mira a Antoine galopar a lo lejos, completamente solo, sobre su hermoso caballo y se siente orgulloso de ese joven jinete que salta por encima de las vallas, persigue al zorro, y lanza ya el lazo.

Un día, un día cercano quizá, Antoine querrá marcharse, sin padre ni dueño. Y Bigua lo confiará a los poderes del horizonte. Quizá sean más dignas que él mismo de educar al niño.

Antoine solicitará marcharse, a menos que, como Marcelle, sin decirle nada...

El perro Pampa había desaparecido algunos días después de la llegada de Bigua y los niños a la estancia. ¿Qué había sido de esa salvación viva de la llanura triste, ese bastardo que había

permanecido con ellos durante largas semanas?

A veces, mientras se consagraban a las faenas del campo, uno de ellos se volvía para ver si el perro no acababa de surgir.

- Le habrá mordido una serpiente de cascabel.

- O una mosca venenosa.

- ¡A lo mejor tiene la rabia!

- O ha muerto en una pelea con zorros o mofetas.

A la hora de la siesta, un día, el perro empujó ligeramente la puerta del coronel, lo justo para que cupiera su delgado cuerpo. Ligerero ruido de patas posándose con precaución en el suelo de tierra de la habitación oscura.

Medio muerto de sed, Pampa, que olía a mofeta, se dirigió hacia el fondo de la habitación donde estaba el jarro grande. Y su lengua hizo un ruido claro, fresco, matinal.

Mientras el perro pródigo bebía a lengüetadas con avidez, un gran bienestar invadía a Bigua inmóvil en su catre de tijera. Hacía mucho tiempo que no había sentido una dulzura así. Y ni siquiera abría los párpados para no perder nada de su placer secreto. Pensaba en Pampa, en los pelos mojados de su hocico, en la punta de la nariz fría, en su lengua de un rojo resplandeciente.

¿De dónde volvía así? ¿A qué carreras en el campo profundo no habría tenido que entregarse?

En cuanto acabó de beber, se acercó a la cama de Bigua que le hablaba en voz baja para no despertar a los niños.

Pampa llevaba unas huellas ligeras de mordeduras, nada serio. Frotó su hocico en las manos del hombre. Luego volvió a jadear y unas gotas muy rápidas cayeron de su lengua al suelo, en el mismo lugar.

- No obstante, tendré que hacer venir a Desposoria, se dijo Bigua, al cabo de un momento.

Realmente no está bien dejarla tanto tiempo , sin mí, en Montevideo. La estaba olvidando.

Al día siguiente, el coronel se dijo que en efecto, Desposoria puede volver, debe volver. Sus ojos la mirarán con placer. Su corazón consiente en recibirla. Y se apresura a escribirle.

Desposoria ha respondido. Viene. Al día siguiente, tomará el tren. está al corriente de la huida de Marcelle, pero no lo menciona, de acuerdo con Misia Cayetana.

Bigua le prepara la habitación más hermosa y para adornarla, pone en ella un piano. Desposoria no lo toca, ni nadie de la estancia.

De lejos se ha oído llegar al break.

El cochero hace señales a Bigua de que la Señora está allí y Bigua se dispone a ir hacia ella, con el corazón henchido.

El coche se detiene. Aún no se ve de Desposoria más que un hermoso brazo desnudo y redondo en perfecta armonía con la limpidez del día, y una mano que ordena esperar un momentito -esa mano que, por amor, había dejado caer objetos preciosos al mar.

El brazo desaparece en el coche.

Antes de bajar, Desposoria reúne sin duda los pequeños objetos.

Los niños corren hacia el estribo

Bigua, intimidado repentinamente por la proximidad de su mujer que no ha visto desde hace cuatro meses, como por la llegada de una mujer completamente nueva y sin embargo suya, duda si acercarse, y, de alegría, baja la cabeza en los escalones de su casa.

////////////////////////////////////